BOLSILIBROS BRUGUERA

la conquista del ESPACIO

NIDO DE MONSTRUOS

Kelltom McIntire

CIENCIA FICCION



BOLSILIBROS BRUGUERA

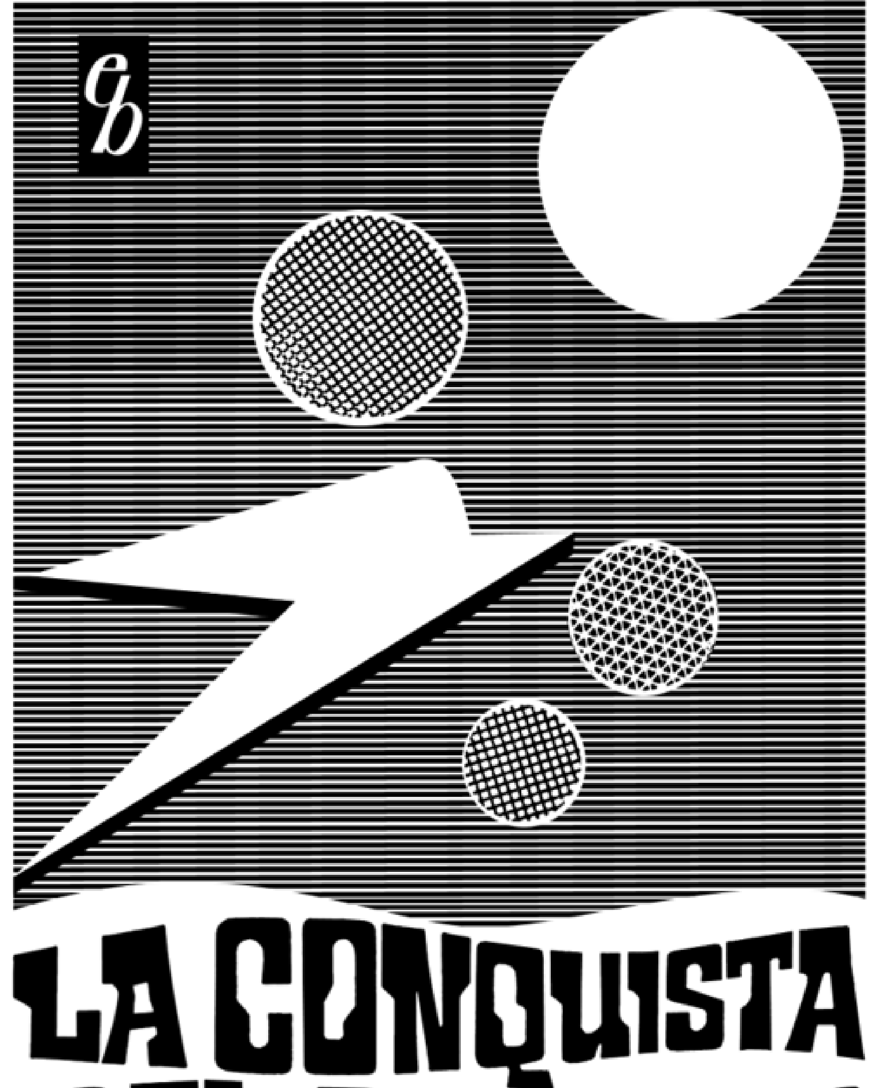
la conquista del ESPACIO

NIDO DE MONSTRUOS

Kelltom McIntire

CIENCIA FICCION





LA CONQUISTA DEL ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS

EN ESTA COLECCIÓN

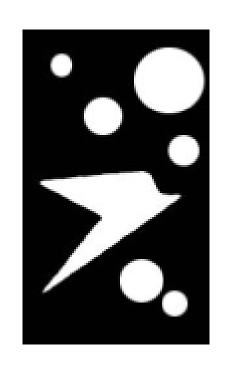
1. — Viento del infierno. — *Ray Lester*.
2. — Los terrícolas. — *Marcus Sidéreo,*
3. — Mundo aislado.— A *Thorkent*.
4. —Preludio para el Apocalipsis. — *Kelltom Mclntire*.

1. — Poder absoluto. — *Glenn Parrish*.

KELLTON McINTIRE

NIDO DE MONSTRUOS

ColecciónLA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 355 Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 11.881 – 1977

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición: mayo, 1977

Concedidos derechos exclusivos a favor de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.** Mora la Nueva. 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la Imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A**.

Parets del Valles(N-152, Km 21,650) Barcelona - 1977

CAPÍTULO PRIMERO

La primera noticia acerca del extraño individuo, llegó a la policía a través de la denuncia de la joven Alice Steward.

La llamada telefónica fue registrada en comisaría & las ocho de la noche.

Según Alice Steward, que apenas podía expresarse y respiraba agitadamente —según el policía que recogió la llamada—, un hombre «o algo semejante» la había asaltado en Bound Village, un barrio apartado del nordeste de Atlanta, próximo a la autopista interestatal Ochenta y Cinco.

—Tenía un aspecto horrible y me agredió en la parada de autobús —confesó Alice, jadeante.

—Veamos. ¿Qué aspecto tenía ese individuo? —preguntó el policía, a través del teléfono.

—Apenas... apenas pude verle, porque... la luz del poste de alumbrado más cercano estaba... fundida.

—Tranquilícese —recomendó el agente—. ¿Se encuentra usted ahora en lugar seguro?

—Creo que... sí. Llamo desde la cabina telefónica instalada frente a la estación de servicio de Bound Village. Hay... un restaurante próximo.

—Bien. Siga ahora, si se encuentra mejor. ¿Qué aspecto tenía el agresor?

—Era... muy alto y delgado. No pude ver sus facciones muy bien, por la falta de luz y... porque el individuo se cubría con una gorra... semejante a las utilizadas por los empleados del servicio de recogida de basuras.

—Bien. Continúe.

—Vestía también un pantalón caqui verdoso y una cazadora que le quedaba sumamente corta. Cuando le vi venir hacia mí, le tomé por un empleado del servicio de recogida de basuras, aunque me sorprendió su extraña forma de andar, vacilante e indecisa. Sus ropas... estaban empapadas, como si acabase de salir de un estanque.

—Siga.

—Al verle venir, me aparté para dejarle paso y retrocedí hasta el refugio de la parada. El se me quedó mirando en silencio. Y de repente se abalanzó sobre mí...

— ¿Qué ocurrió?

—De un manotazo me arrebató la bolsa que yo llevaba en la mano izquierda. Sólo contenía algunas latas de carne en conserva. Me quedé helada de espanto cuando le vi llevarse una lata a la boca y destrozarla a dentelladas.

— ¡Espere, espere! ¿Está segura que abrió la lata con... los dientes? —preguntó el policía, incrédulo.

—No la abrió... exactamente. La sujetó con los dientes y... desgajó el metal. Luego se tragó el contenido en breves instantes. Volvió a mirarme y avanzó de nuevo hacia mí. Miraba mi bolso... porque quizá imaginaba que contenía también comida o tal vez dinero. Perdí los nervios y le golpeé en la cabeza. Inmediatamente huí, dominada por el terror.

— ¿Vio si ese individuo la seguía?

—Ni siquiera volví la mirada atrás. Llegué aquí e hice la llamada —respondió la mujer.

—Ese hombre... ¿Le ha hecho algún daño? —preguntó el agente.

—No. O, mejor dicho, sí. Su zarpazo desgarró la manga de mi suéter y ha dejado un profundo arañazo sobre mi piel. No sangra, pero me duele.

—Bien. Creo que será mejor que espere ahí. Un coche-patrulla la recogerá y la llevará a un puesto de socorro, donde la reconocerán y curarán ese arañazo. Después la traerán aquí para que amplíe su declaración y firme la denuncia. ¿Está de acuerdo, miss Alice?

—Bien… Esperaré. Entretanto, llamaré a mis padres para avisarles de que llegaré un poco tarde a casa —replicó la mujer.

—Perfectamente. No se mueva de ahí. La recogerán en seguida.

Vanee colgó el teléfono, recogió el magnetófono en el que había grabado la conversación y fue al despacho del teniente Palmer.

Hubiera dado cualquier cosa por despachar con otro oficial cualquiera, en lugar de Palmer. El teniente llevaba unos meses comportándose como la más huraña, irritable e intratable de las personas.

Vanee sabía que el motivo del cambio de carácter de Chad Palmer no era otro que la impaciencia por obtener el divorcio de su esposa. Los trámites legales de la separación no se resolvían tan rápidamente como Palmer hubiera deseado y todo ello le exasperaba y agriaba su carácter.

Vanee empujó la puerta del despacho e inmediatamente el teniente gruñó:

—No puedo ahora. Estoy ocupado.

El agente movió la cabeza y observó al policía que examinaba unos expedientes tras la mesa de despacho.

Era un hombre de unos cuarenta años, de cabellos crespos y algo canosos, de facciones delgadas, típicamente latinas, ojos castaños y una barbilla hendida que le confería aspecto agresivo.

—Lo siento, teniente. Se trata de una denuncia: un caso urgente —insistió Vanee.

Palmer le arrebató el magnetófono con un gesto brusco y lo puso en marcha.

—Así no hay quien logre concentrarse —gruñó entre dientes.

Pero su interés quedó prendido inmediatamente en la grabación. Su lápiz quedó inmóvil en el aire hasta que terminó la conversación

mantenida entre Alice Steward y el agente Vanee.

Palmer detuvo la marcha del magnetófono y elevó los ojos.

—Envíe al número 18. Y traiga aquí a esa mujer en cuanto llegue —ordenó, adusto—. Dígale a los del 19 que registren Bound Village y traigan a ese tipo.

Alice Steward llegó a las nueve de la noche.

Palmer dirigió una rápida e inquisitiva mirada a la muchacha, se detuvo un momento en sus bonitas piernas y la invitó a sentarse.

Escribió algo y volvió a fijar sus ojos en la manga desgarrada del suéter azul que vestía la joven.

— ¿Qué fue ese arañazo? —preguntó el policía.

—Nada importante, según dijo el médico. Es un poco profundo y doloroso, pero me lo han desinfectado y curará pronto —respondió Alice.

—Usted dijo que apenas pudo ver las facciones de ese hombre. Pero según parece, poseía unas poderosas mandíbulas y una dentadura poco común. Vamos, esfuércese en recordar —exclamó Palmer, con rudeza—. ¿No puede decirme algo más? Su descripción del agresor es excesivamente vaga.

La chica se echó a llorar.

— ¡Dios mío! —gimió—. ¡He pasado tanto miedo…!

—Lo comprendo, pero si usted se pone a llorar ahora, no podrá ayudarme y en consecuencia no podremos detener a su agresor —le reprochó el policía, inmune a las lágrimas.

—Está bien —Alice sacó un pañuelito y se secó los ojos—. ¿Qué quiere que le diga?

—Quiero que se esfuerce en pensar, que recuerde todo desde el principio —exigió Palmer.

— ¡Pero ya dije todo lo que sabía por teléfono! —protestó Alice.

—No importa. Volvamos al principio —insistió su interlocutor.

La joven volvió a repetir lo que Vanee había escuchado a través

del teléfono.

— ¿Por qué tenía un aspecto horrible? —Palmer interrumpió el relato.

—Pues... Sus ojos...

— ¿Cómo eran?

—Redondos. Redondos y brillantes como los de un…

— ¿Gato?

—Sí. Su barba, corta y dura, rozó mi mejilla cuando me asaltó. ¡Pinchaba como si sus pelos fueran púas de acero! —exclamó Alice, cuya excitación iba en aumento.

—Siga.

—Era... muy desproporcionado. Sus brazos, larguísimos, colgaban de forma absurda y las mangas de su cazadora apenas llegaban un poco por debajo de sus codos. También sus piernas...

— ¿Cómo eran?

—Muy largas también, deformes, como abiertas en compás.

—Usted dijo que andaba de forma vacilante —insinuó Palmer.

—Sí... Se diría que avanzaba como... lo haría un bebé que aprendiera a andar.

— ¿Recuerda algo más?

—No.

—Veamos —dijo el policía impaciente—. Ese individuo estuvo muy cerca de usted, señorita Steward. Declaró que sus ropas estaban empapadas. ¿Cómo lo sabe... si apenas había luz?

—Me mojó al abalanzarse sobre mí. ¡Exhalaba un olor tan repugnante! —exclamó, estremeciéndose de asco.

Una chispita de satisfacción brilló en los ojos de Chad Palmer.

—Así que olía mal... —observó—. ¿Qué clase de olor? ¿Sudor agrio, suciedad personal...?

—Era como un... hedor a cloaca. ¡Sí, eso es! Olía como huelen las aguas residuales de alcantarillas y cloacas.

El teniente la miró fijamente.

— ¿Se da cuenta, señorita Steward? Me ha dado un cúmulo de datos complementarios a su declaración, que pueden sernos muy interesantes para encontrar y detener a ese individuo, aunque confieso que su descripción nos da una imagen... increíble, por expresarlo de algún modo.

—Teniente, usted no puede comprenderlo. Pero yo no era capaz de ordenar mis ideas cuando llamé desde la cabina pública. ¡Me sentía tan aterrada...! Ahora mismo, recordando, la sangre se me hiela en las venas.

Era verdad que volvía a estar asustada, porque sus manos temblaban intensamente y sus hombros se estremecían.

—Bien, pero volvamos a repasar su declaración —pronunció Palmer, inflexible—. Usted dijo al agente Vanee que «la *había atacado un hombre... o ALGO SEMEJANTE».* ¿Qué quería expresar con «algo semejante»?

Alice Steward se retorció desesperadamente las manos.

— ¡No... lo sé! —respondió, nerviosa—. Supongo que esas películas que nos ofrece continuamente la televisión debieron obsesionarme...

— ¿Se refiere a los telefilmes de ciencia ficción? —la acosó el teniente Palmer.

—Bueno..., sí. Por un momento pensé en un... un extraterrestre. ¡Ya lo sé, teniente, parece disparatado! ¡Pero ésa fue la sensación que experimenté al verle avanzar sobre mí!

Palmer tabaleó sobre la mesa con un extremo de su lápiz.

—Vamos, señorita Steward —alegó el policía, dirigiéndole una ojeada desconfiada—. ¿No habrá tomado una copa de más? Tal vez ha tenido una pequeña aventura y... trata de justificarse comunicando una falsa denuncia a la policía. ¿Quién puede creer todo lo que me está contando? Es lo más fantástico que oí desde que dejé de creer en Papá Noel.

— ¿Cree... cree que he mentido? —profirió Alice, perdida la serenidad—. ¿Piensa que yo misma me he producido este arañazo?

Impetuosamente se despojó de su suéter azul y mostró ante las narices de Palmer el profundo rasguño, bañado en mercromina, que iba desde el hombro al codo.

En verdad, aquello parecía la huella de una zarpa de fiera.

—Bien —Palmer jamás perdía la sangre fría—. Si quiere firmar su denuncia, hágalo —y le ofreció el impreso que había ido rellenando con la declaración de la mujer.

— ¡Claro que quiero firmarlo! —clamó, ella, exaltada—. No me gustaría que esa bestia pudiera seguir asaltando impunemente a la gente ante... la incredulidad de la policía.

Tomó el bolígrafo que Palmer le tendía y estampó su firma con un brusco y violento rasgo.

El teniente se incorporó, sacó un paquete de cigarrillos y le ofreció uno, que la muchacha tomó con un ademán tembloroso.

Palmer se lo encendió y Alice Steward aspiró el humo con ansiedad.

—No lo tome como ofensa personal, señorita Steward —los ojos del policía se habían humanizado un tanto cuando la miró—. Pero el dinero de los contribuyentes no debe derrocharse tontamente. Quiero decir que hay muchas personas que recurren al truco de inventarse un secuestro, un atraco o un asalto... con el fin de explicar ausencias o retrasos inconfesables, ¿comprende?

Alice le miró con los ojos húmedos de lágrimas.

— ¿Debo pensar que me cree...? —murmuró, vacilante.

—Sí —confirmó Palmer—. La creo. Pero los policías debemos, a veces, mostrarnos duros, violentos y crudos para obtener los datos que necesitamos.' Espero que me disculpe.

Alice asintió con un movimiento de cabeza, sin palabras.

Entonces, Palmer la tomó suavemente por una mano y la guió hasta el pasillo.

—Uno de mis hombres la llevará a su casa en un coche de la

policía. Deje su dirección al agente de guardia, por favor. Buenas noches, señorita Steward. La llamaré por teléfono en cuanto pueda.

—Gracias —respondió ella, confortada.

CAPÍTULO II

Chad Palmer volvió a su despacho.

Encendió un cigarrillo y paseó durante unos minutos a lo largo de los estrictos cuatro metros de longitud que medía la estancia.

—Viejo gruñón, hosco, huraño e introvertido —se apostrofó a sí mismo.

Inmediatamente pensó en Valeria. Y su gesto se avinagró aún más, si ello era posible.

Imaginó su apartamento de Yvy Street, tan cómodo e íntimo, pero vacío.

Por un instante. Palmer se sintió tentado de afrontar la prueba: era muy fácil, pues bastaba con marcar el número 926-01-71.

Lo hizo, inmediatamente, porque Chad Palmer era un hombre de súbitas reacciones.

Marcó cuidadosamente el número, guarismo por guarismo. En su oído resonó la señal que indicaba la llamada, pero nadie descolgó el

aparato al otro lado de la línea establecida.

Y al otro lado de la línea estaba su propio apartamento.

¿Qué podía pensar de Valerie? Su esposa nunca estaba en casa entre ocho y doce de la noche. Es más, a menudo Chad terminaba su guardia en comisaría, volvía a casa y la encontraba vacía.

—No puedo reprocharle nada —pensó. Pero se sentía furioso y decepcionado hasta las heces.

—No debí llamar —se dijo—. Es absurdo. Ella debe estar reposando en el lecho de alguno de sus amantes.

Se sentó.

Pero los nervios le impulsaron en seguida a levantarse de un respingo, a volver a sus paseos a lo largo de la distancia que iba de la mesa a la puerta y al revés.

— ¿Qué podía esperar de ella? —pensó con amargura—. Era una mujerzuela cuando me casé con ella. Y ha seguido siéndolo después de nuestro matrimonio.

Valerie era muy guapa, eso sí.

Una mujer de treinta años, casi de la misma estatura de Chad —él medía un metro y setenta y ocho centímetros—, fina, elegante, vistosa...

— ¡Excesivamente vistosa! —exclamó Palmer en voz alta, muy airado. Pero sus facciones todavía jóvenes, se fruncieron en una mueca amarga.

Sus duros puños —endurecidos en las peleas callejeras juveniles —se crisparon en un amago iracundo, muy propio de él.

Tenía que reconocer que había amado a Valerie como a ninguna mujer. En verdad, lo suyo no había sido sólo amor: había sido entrega absoluta, veneración, casi idolatría.

Valerie tenía un pasado un tanto extraño, tempestuoso. Había surgido de *no-sé-dónde,* había hecho algunos pinitos más aparatosos que efectivos en el cine y había terminado sus veintitantas primaveras en un local dedicado al *music-hall.*

El propio Chad Palmer en persona la había detenido en el Crazy

Bird Club como consecuencia de una denuncia.

En comisaría, Valerie Robbard se había echado a llorar cuando el teniente Palmer la interrogó, junto con otras coristas detenidas en el mismo club.

Palmer se ablandó.

La vida era dura para una artista de variedades.

Y además, contantemente estaban expuestas a dar con sus huesos en la cárcel, después de ser explotadas por los empresarios de forma inicua.

Valerie Robbard y sus compañeras fueron puestas en libertad aquella misma madrugada.

Dos o tres noches más tarde, Palmer fue a ver a Valerie al Crazy Bird Club.

Y la bella silueta semidesnuda de la joven le fascinó. La esperó aquella misma noche en la salida de artistas y la invitó a tomar una copa.

Dos semanas después estaban casados.

Pero muy pronto, Valerie empezó a echar de menos la brillantez del club, sus vistosos vestidos y… las invitaciones y regalos de sus ocasionales admiradores.

—No voy a permitir que coquetees con nadie —le advirtió Palmer, que había puesto en ella todas sus ilusiones y que, por otra parte, debía a su sangre mitad irlandesa, mitad española, su carácter ardiente e impulsivo.

—Es lamentable —replicó ella, con voz más fría que el hielo—, pero debo decirte claramente lo que pienso. Me siento decepcionada: el sueldo de un oficial de policía no basta para cubrir mi vestuario.

— ¿Por qué no lo pensaste antes? —preguntó Chad, sintiendo que la cólera superaba a su íntima humillación.

—Porque me enamoré de ti —susurró apasionadamente ella, en una de sus bruscas mutaciones—. Pero… conozco a muchos policías que ganan diez veces lo que tú, querido.

—Yo también conozco a alguno —repuso Chad, con ardor—.

Pero son unos indeseables. Se dejan sobornar o hacen la vista gorda ante las mayores injusticias. Yo no soy uno de ellos. ¡Ni lo seré jamás!

—Te creo. Eres un cobarde —pronunció ella sílaba a sílaba.

El bofetón de Palmer la arrojó contra la cama.

Valerie sollozó, de bruces contra el lecho.

Pero el violento y fogoso Palmer amaba a aquella mujer. Y apasionadamente la abrazó y la cubrió de besos.

—Lo siento, amor mío. Lo siento de veras. Soy un bestia, pero... te amo de verdad —susurró a su oído, súbitamente apaciguado.

Transcurrieron dos años.

Valerie parecía resignada a amar al teniente Palmer por toda una vida, dispuesta a compartir su hogar y... su sueldo de funcionario.

No volvió a provocar ninguna pelea conyugal, pero comenzó a dedicarse cada vez con más frecuencia a cultivar sus amistades femeninas. Ya se sabe, las esposas de los compañeros de su marido, las relaciones de éstas con otras personas más o menos importantes, etcétera.

Por supuesto, Palmer pasaba la mayor parte del tiempo dedicado a su profesión de policía y veía de buen grado que Valerie cultivase a sus amistades.

Pero ella cada vez pasaba más tiempo fuera de casa. Cierto que no habían tenido hijos hasta entonces y ello justificaba sus ausencias de algún modo, pero...

Por fin, Chad Palmer tuvo que convencerse a sí mismo de que su esposa se dejaba querer, pero no correspondía a su amor. Y comenzó a sospechar.

Una noche, Chad volvió a casa más temprano de lo normal. Abrió la puerta y olfateó el aire, cargado de humo. Su instinto profesional le dijo que aquel aroma no correspondía a los cigarrillos que solía fumar Valerie, sino a carísimos cigarros habanos.

En el pequeño estudio acristalado había dos vasos. Dos personas habían bebido whisky en ellos. Y en el cenicero había un cigarro habano que todavía estaba encendido, humeante.

La cólera puso un latido doloroso en las sienes del teniente Palmer. Pero la razón se impuso.

Tomó el teléfono, hizo una docena de llamadas telefónicas. Y esperó.

Valerie llegó a las doce menos cuarto. Entró canturreando una cancioncilla de cabaret y se sorprendió mucho al encontrarle en casa.

— ¡Chad, querido! No podía imaginar que...

—Siéntate —ordenó Chad. Y cuando la tuvo enfrente, dijo—: Quiero saber quién estuvo aquí contigo y con quién has pasado la noche.

Valerie se incorporó y trató de sentarse sobre sus rodillas, pero Chad la rechazó sin violencia.

—Pero, querido, ¿estás celoso? Bob Bron, tu amigo, vino a verte. Le invité a una copa y le despedí. Luego fui a ver a la esposa de Jim Davis —dijo ella, simulando a la perfección un asombro que no sentía.

Chad se encrespó, pero dominó su ira. Dijo:

—He llamado por teléfono a Bob y también a la esposa de Jim Davis. No has estado en casa de los Davis, ni Bob ha venido aquí... porque hace veinticuatro horas que se encuentra en Washington.

Valerie frunció los labios en forma de O mayúscula.

—Bien, no quería decírtelo, puesto que tú parecías ajeno a todo —respondió con refinado cinismo—, pero veo que no hay otra solución que hablar claro.

—Eso me temo —murmuró Palmer, esforzándose en dominar sus impulsos.

—Hace unos tres meses que me veo con un amigo. Fue él quien estuvo aquí. Luego fuimos a tomar unas copas por ahí —confesó Valerie.

—Supongo que no alegarás como disculpa el hecho de que no hayamos tenido un hijo —masculló Chad.

—Desde luego que no. Entre tú y yo, un hijo sólo significaría un estorbo.

Palmer se puso en pie bruscamente. Y señalándola con un dedo, exclamó:

— ¡Escúchame! Me he dedicado a ti por completo. Te he dado satisfacción afectiva, sexual y económica..., dentro de mis posibilidades en cuanto a esto último. Pero tú eres una sabandija, Valerie. Juro que había decidido matarte o darte una paliza que te dejase sin un hueso sano, pero no voy a hacerlo. Porque he llegado a la conclusión de que tú no lo mereces.

—Bien. ¿Qué piensas hacer?

—Lo que me dicta mi conciencia. Pide el divorcio. Tú has elegido el camino: serás libre de unirte a tu amigo.

—Pero yo no deseo el divorcio. Y, por cierto, ¿no sientes curiosidad por saber quién es mi amigo?

— ¡No me interesa! —rugió Chad, tremante—. Debe ser de tu misma calaña, y eso me basta. ¿Cuándo pedirás el divorcio?

—Nunca —respondió Valerie con toda frialdad.

— ¿Por qué? —Chad se sentía desconcertado—. Conmigo no eres feliz.

—Querido, yo soy feliz contigo y con una docena de hombres más, en alegre equipo —rió ella—. Pero aquí tengo una casa y un sueldo.

La escena hubiera terminado de forma muy violenta, si Chad no hubiera tomado su chaqueta y abandonado el apartamento.

Aquella noche se emborrachó. Pero una ducha fría en las dependencias policiales le devolvió la serenidad.

Reflexionó. Seguía amando a Valerie, pero la odiaba al mismo tiempo.

Cuando volvió al anochecer, ella se había puesto un delantal y cocinaba algo en la cocina. Todo parecía diferente: la casa parecía un hogar.

Y Valerie salió a su encuentro. Y le pidió perdón.

Palmer puso su voluntad en reanudar la vida en común. Pero algo se había roto en aquella unión entre hombre y mujer.

Así transcurrieron otros dos años. Chad no quería enterarse de nada, pero Valerie volvía a pasar el día fuera de casa y regresaba bebida casi siempre.

—Esto no tiene solución, Val —dijo él, por fin—. Separémonos. Pide el divorcio. Yo admitiré todo lo que tú expongas ante el juez.

—Serás tú quien pida el divorcio, si lo deseas. Pero tendrás que pasarme una pensión mensual. Y no pienso conformarme con cuatro dólares. Tengo un amigo que es un abogado famoso y él sacará adelante mis intereses —respondió Val.

—Así que ésa era tu jugada. Nunca hubiera imaginado que fueras tan mezquina. Pero no voy a someterme a tu juego. Odio el soborno y la extorsión. Pediré el divorcio, pero tú serás condenada por adúltera.

—Pruébalo, si puedes —desafió ella.

Chad estuvo a punto de golpearla salvajemente, pero consiguió dominarse.

Según pudo comprobar en los días siguientes, Valerie se había vuelto cautelosa y desconfiada.

Salía con hombres, no había duda. Pero procuraba evitar cualquier error.

Sin embargo, Chad Palmer era un policía. Y finalmente obtuvo pruebas irrefutables de las infidelidades de su esposa.

El juez fallaría el divorcio de un día a otro. Y ahora ya, Chad sólo deseaba verse libre de los lazos legales que le ataban a aquella mujer.

No se lamentaba inútilmente. Pero su carácter se había vuelto duro y ácido hasta la exageración.

¿Seguía amando a Val? Chad debía reconocer que no, aunque como decía su madre *adonde ha habido fuego, siempre quedan cenizas».*

Valerie seguía viviendo en casa, sin sentido del pudor. Y Palmer se veía obligado a comer en los *snacks* y a dormir en un hotel próximo a la comisaría.

Había perdido toda ilusión y jamás se le ocurriría volver a

casarse. Posiblemente se convertiría en un nombre prematuramente envejecido, gruñón y misógino hasta las heces.

CAPÍTULO III

Vanee irrumpió en el despacho de Palmer a las once treinta.

—Los del 19 acaban de llamar por radio. ¡Tienen acorralado a ese tipo en un almacén de Richmond Way! —informó el agente, excitado.

Palmer se restregó los ojos sin delicadeza.

— ¿A quién tienen acorralado? —inquirió, distraído.

Vanee apoyó sus manos en las caderas, impaciente.

—Teniente..., ¿a quién va a ser? ¡Al individuo que atacó a esa chica, Alice Steward!

—Ah, bien... Y ¿dónde dice que le tienen?

—En un almacén de Richmond Way, entre Allicot y Van Dik Lane.

Palmer se puso en pie y tomó su gabardina.

—Sí. sí... Eso debe estar cerca de... la depuradora de aguas residuales, ¿no? —consultó.

—Exactamente. ¿Aviso a Manfred Smith que saque el coche? —a veces a Vanee le exasperaba la lentitud del teniente Palmer.

Pero el cerebro del oficial de policía no permanecía inactivo, ni mucho menos.

—Espere. ¿Tenemos a Dave Biggar? —preguntó el teniente, mientras se enfundaba en su gabardina.

Vanee hizo un derroche de paciencia.

—No, teniente. El sargento-detective Biggar comenzó a disfrutar sus vacaciones anuales hace tres días —informó.

—Ah, sí; lo había olvidado. En tal caso, iré yo solo en mi coche. Avise por radio al 21 y 23. Que vayan a Richmond Way, por si los necesitara.

—Bien, teniente. Voy a radiar el aviso —Vanee se alejó a la carrera, mientras Palmer se dirigió sin prisas a la calle, pasando por el cuerpo de guardia, donde masculló algo ininteligible como respuesta al saludo del sargento Flannagan y el agente Custer.

Su coche estaba estacionado al otro lado de la calle. Cruzó la calzada a buen paso, se introdujo en el automóvil y arrancó.

No tuvo que arrojar sobre el techo el emisor de destellos intermitentes ni utilizar la sirena. La noche era destemplada y las calles de Atlanta aparecían casi desiertas, lo que le permitió llegar a la calle Allicot en menos de veinte minutos.

Los coches 21 y 23 estaban ya junto al viejo almacén de maderas que, según el gran rótulo que se extendía sobre la fachada, pertenecía a Herbert Sulla & Sons.

Golan y Tracy, de la unidad 19 vinieron a su encuentro en cuanto frenó junto a la fachada del almacén de maderas.

— ¿Qué? —preguntó.

—Le vimos junto a la autopista y le dimos el alto. ¡Dios!, es verdaderamente impresionante, teniente. ¡Ese tipo debe de medir más de dos metros cincuenta! —informó Tracy, un joven policía alto, de rojos cabellos erizados.

Chad encendió un cigarrillo.

—Le disteis el alto —repitió, imitando el acento gangoso de Tracy—. Y ¿qué más?

—No se volvió ni una sola vez —se apresuró a informar Golan, más veterano—. Creíamos que estaba borracho, porque se tambaleaba de forma extraña, y pensamos que sería fácil reducirle. Pero saltó la valla de la autopista como un canguro y perdimos mucho tiempo antes de volver a encontrarle, porque no podíamos desviarnos hasta el próximo cruce, medio kilómetro más allá.

—Pero luego le sorprendimos, ¿dónde puede usted imaginar, teniente? —exclamó el pelirrojo Tracy.

—Deja que hable Golan —le cortó secamente el teniente.

Tracy enmudeció y su compañero añadió;

—Le vimos a poca distancia de aquí. Estaba de bruces sobre un montón de basuras y... ¡devoraba a puñados desperdicios corrompidos!

Palmer se quitó el cigarrillo de los labios.

—Estáis soñando —gruñó, adusto—. O tal vez habéis visitado los clubs del distrito Once y os habéis emborrachado.

Tracy, que iba a decir algo, llevado de su fogosidad juvenil, calló como un muerto y palideció.

Pero Golan no se calló.

—Teniente, llevo veinte años en la policía y jamás he visto visiones ni fantasmas —declaró, disgustado—. Ese tipo, quienquiera que fuese, estaba devorando a puñados la bazofia. Y ni Tracy ni yo hemos probado una sola gota de alcohol desde que nos hicimos cargo de la unidad 19.

Palmer les dirigió una mirada crítica. Pero, a fin de mentas, ¿no había declarado Alice Steward que su agresor había rajado un bote de conservas de una dentellada?

—Está bien —carraspeó—. Coge la radio, Tracy, y di a los de la 21 y 22 que rodeen el almacén y vigilen al otro lado.

—*No hay otro lado, teniente* —observó Tracy—. Este almacén está limitado por detrás por el canal de la depuradora de aguas residuales.

El canal tiene unos cinco metros de profundidad y sus muros de hormigón se elevan cuatro metros por encima de la corriente. El tipo está bien encerrado, porque no hay ventanas ni puertas en los muros laterales. Por eso no nos hemos movido de aquí. Sólo puede escapar por el tejado o por esa puerta.

—Buen trabajo, chicos —alabó Palmer. Y a Tracy se le esfumó el enfado como por arte de magia.

Chad dirigió una ojeada crítica a la calle, cuyo pavimento se veía salpicado aquí y allá por profundos baches.

Las unidades 19, 21 y 23 se habían distribuido estratégicamente ante el almacén de Herbert Stilla & Sons. Ocupaban posiciones escalonadas, desde las que podían controlar perfectamente la fachada y la cubierta de uralita del ruinoso edificio.

—Venid —dijo Palmer. Y Golan y Tracy le siguieron hasta el extremo sur del edificio, portando sus armas. Golan llevaba un magnífico rifle «Winchester» y Tracy sujetaba la metralleta junto a su cadera izquierda.

A la luz de los focos que los policías habían dirigido hacia el edificio *(1)* Palmer observó el final de la calle y se aproximó al profundo caudal de aguas residuales que corría tumultuoso por el oscuro canal.

—Un buen nadador quizá consiguiese ponerse a salvo lanzándose al canal —observó Chad. Y arrojó su cigarrillo a las aguas, que engulleron rápidamente la puntita roja.

Tracy dejó escapar a presión el aire de sus pulmones.

—Teniente, mi padre trabajó ahí muchos años —señalaba la estación depuradora—. Yo venía, de niño, a traerle su comida. Un día cayó un hombre al agua... No sé si quería suicidarse o cayó accidentalmente, pero lo cierto es que su cuerpo quedó horriblemente destrozado.

— ¿Por qué? —preguntó el teniente, dedicando toda su atención al barbilampiño Tracy.

—Ya ve que la corriente corre tumultuosamente y las paredes son verticales e inescalables. El canal termina en un depósito circular donde se mueve constantemente una batidora de palas de acero para someter las aguas residuales a centrifugación. Pues bien, ningún

cuerpo u objeto mayor de veinte centímetros puede pasar por la centrifugación sin ser destrozado —explicó Tracy con voz fuerte y clara.

Palmer se separó del pretil de hormigón.

No parecía muy impresionado por el relato de Tracy.

—Bien, eso significa que el individuo no podrá escapar a través del canal —dijo escuetamente.

—Pero hay algo más, teniente —se apresuró a decir Tracy, impetuoso—. Usted no nos dejó explicárselo.

—Ahora está a tiempo de hacerlo —Palmer se mostraba *tratable.*

—El tipo que agredió a Alice Steward salió corriendo cuando tratamos de alcanzarle con el coche en el montón de desperdicios. La luz de los faros debió cegarle, porque permaneció un momento inmóvil y sus ojos resplandecían como los de un prosimio, pero de repente salió huyendo hacia aquí. Cayó al suelo y se incorporó. ¡Por san Jorge! —exclamó Tracy, demudado—. ¿Adivina lo que hizo, teniente?

—Aunque no sea por san Jorge, explícamelo —le animó Palmer.

— ¡Se echó a correr a cuatro patas! ¡Corría como un… reptil, como una gigantesca lagartija! ¡Y cómo corría, teniente! ¿No es cierto, Tom?

Golan, de común rubicundo y sano de color, presentaba en sus facciones un tono sospechosamente amarillento, casi terroso.

—Se lo juro, teniente. Tracy dice la verdad —murmuró.

Palmer le observó fijamente.

Y comprendió que Golan tenía miedo.

(1) La mayoría de los coches de la policía están dotados —además de los faros fijos— de uno o dos faros orientables, muy potentes, que reciben el nombre de faros «piratas».

Era extraño, porque Golan no tenía fama de miedoso entre sus compañeros del Departamento de Policía.

— ¡Créalo, teniente! Es verdad —insistió Tracy, muy exaltado—. Ese hombre o lo que sea corría a gran velocidad… a cuatro patas.

Palmer dirigió una mirada a las ventanas, a unos metros sobre la acera.

— ¿Por dónde entró? La puerta está cerrada. Y parece resistente —observó.

—No entró por la puerta —declaró Golan, con voz atona—. ¿Ve la ventana que tiene los cristales rotos? Pues bien, *ese tipo escaló la pared y* se introdujo por la ventana rota.

Palmer no sabía si reír a carcajadas o echarse a llorar. ¿Cabía algo más absurdo? ¡Un tipo que corría a cuatro patas y trepaba por las paredes como una lagartija…!

— ¿Hay alguien más dentro del almacén? —preguntó a Golan.

—No. Hemos averiguado a través de la radio que los propietarios tienen el almacén en desuso y sólo guardan ahí dentro unos centenares de bidones vacíos —respondió el policía.

— ¿Qué hacemos, teniente? —preguntó Tracy, impaciente.

Chad encendió otro cigarrillo.

—Que vengan los dos del veintiuno y que los del veintitrés permanezcan atentos. Traed lámparas. Vamos a entrar —ordenó.

Tracy se alejó a la carrera y habló con los policías de las unidades 21 y 23.

CAPÍTULO IV

Al fin se encontraron ante el gran portalón metálico.

Además de Palmer, Golan y Tracy, estaban Lom Ford, dos jóvenes y atléticos policías de la unidad veintiuno.

Chad les puso en pocas palabras al corriente del asunto. Y añadió:

—Que cada uno lleve una lámpara en la mano. Ese será nuestro modo de identificación. No disparéis, si podéis impedirlo. Quiero atrapar a ese tipo vivo; si es necesario, disparad a las piernas. Abre la puerta, Tracy.

Retrocedieron unos pasos, a excepción de Tracy que apuntó a la cerradura y disparó una corta ráfaga de metralleta.

De una patada abrió la pequeña puerta incluida en si portalón.

—Vamos adentro —ordenó el teniente. Y entró el primero, seguido de Golan y Tracy.

Palmer elevó su lámpara y recorrió con el halo luminoso el interior del espacioso local de almacenamiento.

Cinco o seis altas pilas de bidones se extendían a lo largo del almacén, sólo interrumpidas por un ancho pasillo central.

Los bidones habían sido apilados sobre sus costados, en hileras de seis o siete alturas, y sujetos los extremos por cuñas de madera.

Las lámparas eléctricas recorrieron los pasillos intermedios y el entramado de vigas que sustentaban la cubierta.

No advirtieron ninguna sombra o movimiento sospechoso.

—No me gusta —dijo Palmer, sombrío—. Bastaría con retirar esas cuñas, para que una de esas pilas se derrumbara...

No bien acababa de hablar, cuando la pila central se bamboleó y los bidones se desplomaron en una barahúnda infernal.

Chad saltó hacia adelante, en un desesperado esfuerzo por evitar ser alcanzado por la avalancha, mientras sus cuatro agentes retrocedían, espantados, hasta la puerta.

Ford, nervioso, disparó su metralleta hacia el fondo. Los impactos perforaron las planchas de los bidones y provocaron un estrépito horrísono.

Palmer sacó su revólver y escrutó las tinieblas a su alrededor.

— ¡Teniente! —gritó Tracy—. ¿Se encuentra bien?

Tuvo que empujar algunos bidones de los que se amontonaban de cualquier forma en el centro, para hacerse ver de sus compañeros.

— ¡Cuidado! —advirtió—. Soy yo. Estoy bien. ¿Veis algo?

—Nada, teniente —gritó Golan—. ¿Qué decide?

—Permanezcan con los ojos bien abiertos. Ese tipo se encuentra a la izquierda, en el fondo. Así que vamos a soltar las cuñas que sujetan todas las pilas de este lado, a ver qué ocurre. ¡Tracy! ¡Salta por encima de los bidones y reúnete conmigo! Los demás quedarán al otro extremo. Cuando caigan los bidones, poned algunos en pie, subid sobre ellos y dirigid la luz de vuestras lámparas hacia el fondo.

— ¡De acuerdo, teniente! —grito Tracy—. ¡Voy para allá!

Palmer esperó, atento,

Un momento después, el larguirucho Tracy aparecía saltando sobre los bidones, sobre los que se mantenía dificultosamente en equilibrio.

Entre los dos, pusieron en pie cinco de los recipientes metálicos junto al muro y armaron una especie de atalaya por la que ascendió Tracy.

Desde abajo, Palmer preguntó: — ¿Estáis dispuestos, Golan? — Sí, teniente. — ¡Ahora!

Palmer retiró las dos cuñas que sujetaban la única pila enhiesta junto a la pared y saltó sobre la atalaya desde donde Tracy vigilaba, con una lámpara en la mano izquierda y la metralleta en la derecha.

Las cuatro primeras hileras de bidones se derrumbaron espectacularmente en medio de un ensordecedor estruendo.

Los dedos luminosos de las linternas escudriñaban cuidadosamente las sombras por encima del estremecedor caos.

Finalmente, los bidones cubrieron, inmóviles, todo el piso.

—No veo nada —susurró Palmer.

—Yo tampoco, teniente —respondió Tracy.

En el silencio, Chad escuchó la agitada respiración del joven.

— ¿Qué piensa, teniente? —Tracy se sentía al borde la impaciencia.

—Esta nave es demasiado larga y las linternas no alcanzan a iluminar el fondo con la claridad que yo desearía —murmuró el policía, malhumorado—. ¿Qué harías tú, Tracy?

No creo en otra solución que avanzar.

—Pero el espesor de los bidones que cubren el suelo alcanza dos metros. ¿Crees que podrías mantener el equilibrio sobre los bidones vacíos?

—Sería... muy difícil, señor —respondió el joven, inseguro.

—Eso me temo —gruñó Chad, irritado. Miró hacia la puerta.

Golan Lom y Ford habían conseguido detener la avalancha y se

mantenían en difícil posición sobre los dones, asidos al portalón.

—Podríamos abrir de par en par ese portalón e ir sacando los bidones a la calle. Pero nos llevaría demasiado tiempo —masculló.

Elevó la mirada a las grandes arcadas metálicas me sustentaban la cubierta. Y se decidió.

Tracy le vio guardar el revólver, sostener el asa de su lámpara con los dientes y quitarse la gabardina, que dejó sobre un bidón.

— ¿Qué va a hacer, teniente? —preguntó Tracy, alarmado.

—Ahora lo verás —respondió Palmer.

Dio un salto y alcanzó con las manos la barra en «T» de unos de los arcos. Su cuerpo se bamboleó un segundo en el aire, y luego Chad elevó ágilmente sus pies, se sujetó con ellos y se izó a pulso.

— ¡No me mires a mí! —gritó a Tracy—. ¡Vigila hacia el fondo!

Avanzó sobre la barra, sujeto a los travesaños, y alcanzó la viga central.

Desde allí ya siguió avanzando con más facilidad, puesto que la viga era más ancha y podía caminar derecho.

Seguía manteniendo la linterna entre los dientes, se sujetaba con la mano derecha y llevaba su revólver en la izquierda.

A pesar de la orden recibida del propio Palmer, Tracy le contempló con expresión admirativa.

De pronto, Chad se detuvo.

Recostó la espalda en un travesaño para mantenerse en equilibrio y escrutó la penumbra con la linterna.

A la derecha, próximo al rincón, se elevaba un montón de bidones. *¡Y uno de los recipientes acababa de moverse!*

— ¿Qué ocurre, teniente? —resonó tras él la voz de Tracy.

—Creo que está ahí —indicó Palmer, señalando el montón de bidones—. Estad atentos.

Mantuvo la linterna con la boca y avanzó unos dos metros, hasta

el próximo travesaño,

Súbitamente, Palmer vio elevarse uno de los bidones, lanzado con tremenda fuerza contra él.

— ¡¡Cuidado, teniente!! —advirtió Tracy. Y disparó una ráfaga de ametralladora hacia los bidones que se elevaban en el rincón.

Palmer saltó hacia atrás para evitar el impacto. E inconscientemente su mano izquierda soltó el revólver y la linterna cayó de entre sus dientes.

Recuperó el equilibrio cuando vacilaba, ya a punto de caer. Y sus manos se aferraron sólidamente al próximo travesaño.

Miró hacia abajo. *Algo se movía tras el montón de bidones.*

Por desgracia, la luz de las linternas, que llegaba desde treinta metros atrás no bastaba para iluminar los huecos entre aquel caos de recipientes amontonados desordenadamente.

Palmer no podía ver con claridad a quien se movía furiosamente tras los bidones, pero sí escuchó algo semejante al rasgar de una zarpa sobre las planchas metálicas.

Y luego se dejó oír aquel sonido espeluznante. Era como un gruñido sofocado y profundo que helaba la sangre en las venas.

— ¡Retroceda, teniente! —gritó detrás de él Golan, espantado—. ¡No puede seguir ahí, sin armas...!

Chad tragó saliva.

No podía negar que se sentía muy impresionado. ¿Podía un ser humano gruñir y bufar de aquella horrible manera?

—No voy a dejar escapar a este tipo. En cuanto le vea con claridad, saltaré sobre él —respondió.

— ¡No sea loco! —aconsejó Golan, con voz temblorosa—. ¡Vuelva!

—No. Ese individuo o... lo que sea, no tiene armas. Le atraparé —insistió Palmer.

Como si el acorralado hubiera podido comprenderle, abajo volvieron a arreciar los espantosos gruñidos.

De repente, Palmer vio que unos brazos enormes elevaban un bidón. Y se previno para evitar el golpe.

Sin embargo, el impacto no iba dirigido a él, sino a la más próxima ventana, cuyo marco de madera y sus cristales saltaron destrozados.

Todo sucedió tan rápido, que Palmer apenas podría recordar lo que vio.

Una silueta gigantesca salió de entre los bidones, saltó hacia la ventana y… desapareció.

Cuando Tracy y sus compañeros consiguieron reaccionar, era ya tarde.

A los oídos de Palmer llegó el rumor de una zambullida. Y luego la metralleta de Tracy trepidó con ensordecedor estrépito.

Las balas arrancaron astillas del marco de la ventana.

Tracy, frenético, hubiera agotado el cargador de su arma, si Palmer no hubiera gritado como un energúmeno:

— ¡¡Alto, alto el fuego!! ¡No disparéis! ¿No ves que tus balazos son inútiles ya, estúpido?

La metralleta de Tracy enmudeció. Palmer avanzó con rapidez sobre la viga y se arrojó sobre los bidones.

De dos saltos alcanzó la ventana y miró afuera.

Al reflejo, distante, de los faros «piratas» de los coches patrulleros, le pareció divisar una figura que nadaba a favor de la corriente.

— ¡¡Destroza la ventana más próxima y dispara hacia el canal, Tracy!! —gritó, rabioso.

El joven policía reaccionó con rapidez.

Surtidores de aguas malolientes se alzaron de la superficie del canal al impacto de la ráfaga de ametralladora.

Y luego volvió el silencio.

Palmer se apartó de la ventana y avanzó a grandes saltos por

encima de los bidones en dirección a la puerta.

— ¡No os quedéis ahí como idiotas! —bufó, exasperado—. ¡Afuera! ¡Vamos hacia el canal!

El fue el primero en alcanzar la puerta, ganar la calle y correr con todas sus fuerzas junto a la fachada sur del almacén.

Tracy subió a la unidad 19, puso el motor en marcha y arrancó en dirección al canal, sobre montones de escombros.

Sin embargo, te do fue inútil

Cuando las linternas y un foco extensible iluminaron claramente el canal, sólo pudieron ver las tumultuosas aguas sucias, que se deslizaban en dirección a la depuradora.

Palmer se trasladó hasta allí y consiguió que el jefe del equipo de empleados de la estación le prometiera vigilar el desagüe principal.

— ¿Qué es lo que debemos buscar? —preguntó el hombre.

—Un cadáver —respondió el teniente.

Algunos empleados se inclinaron sobre el depósito de la centrifugadora, mientras otros eran apostados en a desagüe que vertía sus aguas al río Chattahoocchee.

Palmer se quedó mirando los uniformes de los empleados: era la misma cazadora verdosa, el mismo pantalón de algodón... que vestía el fugitivo.

Los hombres de la estación depuradora estuvieron licuando hasta las tres de la madrugada, sin hallar d cadáver ni vestigio alguno de miembros despedazados.

— ¿Cuenta el canal con algún otro desagüe antes de desembocar en la depuradora? —preguntó Palmer, profundamente intrigado.

—Ninguno, teniente —respondió el capataz—. La cloaca más próxima desagua en el canal quinientos metros aguas arriba.

—Es imposible —murmuró entre dientes.

Poco después. Palmer ordenaba que se suspendiese la vigilancia en la depuradora.

Encargó a Tracy que buscaran su revólver en el almacén y se despidió de los policías.

Llegó a comisaría a las tres y media, redactó un informe y se fue a dormir. Solo, como venía haciendo durante tres meses.

CAPÍTULO V

—Calma, Chad. Todo se arreglará, no lo dudes. Naturalmente, obtener el divorcio no es tan fácil como conseguir una partida de nacimiento —dijo Robbins.

Palmer golpeó la mesa con el puño.

— ¡Eso son simples promesas, Hugh! —exclamó, exasperado—. Y yo quiero una fecha concreta. Tú eres mi amigo, pero ahora le hablo al abogado... ¡tienes que ayudarme a salir de esta situación embarazosa!

—Me parece que me ocultas algo, Chad. Vamos, sé sincero conmigo —demandó Robbins.

—Eres muy sutil, Hugh. En efecto: ocurre algo. Valerie ha perdido ya hasta el último gramo de sensatez. No le basta con acostarse cada noche con un tipo distinto: ahora los lleva a mi casa. Es más: tengo pruebas de que Valerie se comporta como una prostituta. Sé que cobra elevadas cantidades por «prestar» sus servicios...

—Comprendo tu amargura y tu decepción, amigo mío...

— ¡Es posible que lo comprendas, pero no eres la víctima de esta situación! Yo sí. ¿Sabes lo que ocurre? Los amigos sonríen compasivamente cuando me ven y cuchichean entre ellos, mordaces. ¿Crees que yo soy hombre capaz de aguantar por muchos días este estado de cosas?

Se sentía tan encolerizado, que los nudillos de la mano con que asía el auricular del teléfono blanqueaban.

—Está bien. Voy a hablar ahora mismo con el juez. Le haré ver la urgencia del caso y conseguiré que el expediente de divorcio sea fallado la próxima semana —prometió Robbins.

—Te lo pido por favor, Hugh. No sería capaz de «portar esta situación por muchos días. Valerie es una cínica: la llamé por teléfono y le rogué que tuviera al menos la decencia de irse a vivir a otro sitio. ¿Sabes qué hizo? ¡Se rió de mí y prometió que no abandonaría el apartamento hasta que el juez dictaminase!

—Es increíble. En fin, confía en mí. Solucionaré tu caso.

—Eso espero —respondió Palmer y colgó con un ademán furioso.

Abandonó el hotel y volvió a la comisaría, distante dos manzanas.

Cruzó el cuerpo de guardia y preguntó a Vanee:

— ¿Hay alguna carta para mí?

—No, teniente. Pero el señor Steward ha estado telefoneando toda la mañana. Probablemente volverá a llamar dentro de unos minutos. Le dije que usted estaría aquí a las dos —le informó el agente.

— ¿Steward? ¿Quién es? —preguntó Palmer, ausente.

—El padre de Alice Steward. ¿Es que no la recuerda? La chica que fue agredida por un individuo en Richmond Way, teniente.

—Ah, sí, la había olvidado. ¿Qué quería Steward?

—No lo dijo. Quería hablar con usted personalmente —indicó Vanee.

Palmer se separó de él y entró en su despacho, la primera puerta

del pasillo.

La verdad era que no había vuelto a ocuparse del caso Alice Steward, que parecía concluso tras la misteriosa desaparición del inquietante agresor de la chica.

La Prensa «amarilla» *(1)* se había ocupado del caso y descrito a aquel individuo con los más alucinantes términos.

Había quien afirmaba que aquel individuo había sido abandonado de niño en la montaña, a semejanza de los históricos casos de «niños-lobos» y «niños-monos».

Otros afirmaban que el agresor de Alice Steward era un loco peligroso, escapado de un sanatorio psiquiátrico, y algunos insinuaban que se trataba de Gordon Georges, «El Hombre Más Alto del Mundo», que se había exhibido durante el último verano en las pistas del Circo Ruso.

Había reporteros de desbordada fantasía: uno de ellos llegó a afirmar que se trataba de un extraterrestre y también se le relacionó —siguiendo una lógica delirante— con el enorme aerolito de tres millones de toneladas caído dos años atrás sobre la laguna que formaba el caudal del río Chattahoochee, a unos cien kilómetros de Atlanta.

Durante dos semanas, Chad Palmer había tenido que atender a docenas de nuevos casos, que relegaron a un remoto lugar de su memoria el asunto relacionado con Alice Steward.

Desde luego, Chad había telefoneado a Alice tres días después del incidente.

— ¿Qué tal va su brazo? —se interesó el policía.

—El arañazo se ha inflamado un poco y siento un extraño hormigueo en las yemas de los dedos, pero el médico me ha puesto un par de inyecciones y asegura que pronto estaré bien —respondió la chica.

—Lo celebro —era una frase muy amable, para tratarse de Palmer—. Por desgracia, no pudimos capturar a su agresor. Sin embargo, lo más probable es que haya muerto destrozado en la estación depuradora.

— ¡Es horrible! —exclamó la muchacha, sobrecogida—. Algo de


eso leí en el periódico.

—Cuídese, Alice —deseó Palmer.

—Gracias, teniente —pronunció ella.

Eso fue todo. Pero, sin duda, la llamada de su padre debía obedecer a alguna causa relacionada con Alice.

Chad estaba encendiendo un cigarrillo cuando repiqueteó el timbre del teléfono.

—Sí, soy el teniente Palmer. ¿De qué se trata, señor Steward?

—Mi hija ha tenido que ser hospitalizada, teniente. Su brazo, en vez de mejorar, ha empeorado. El arañazo se le infectó y su mano se ha tornado de un extraño color verde.

Palmer sofocó una exclamación.

—Es gangrena, supongo —expresó, preocupado.

(1) Prensa más escandalosa.

—No. Alice está pendiente ahora del dictamen de un grupo de especialistas, reunidos para cambiar impresiones y fijar el origen de la infección que ha afectado el brazo derecho de mi hija. Mi esposa y yo estamos afligidos, teniente. Alice es nuestra única hija. Sufrimos imaginando que tengan que cortarle el brazo. ¡Y pensar que Alice está terminando precisamente su licenciatura en Medicina...!

Palmer tabaleó, nervioso, con su lápiz sobre la mesa.

—Crea que lo siento de veras, señor Steward. Es una situación angustiosa para ustedes, lo comprendo. La verdad es que no podíamos imaginar que ese rascuño, aunque profundo, pudiera tener tan graves consecuencias. ¿Puedo hacer algo por ustedes?

—Supongo que no —pronunció Steward con voz quebrada por la emoción—. Al parecer, el individuo que la asaltó en Richmond Way ha muerto, aunque su cadáver no ha sido hallado...

—En efecto.

—La verdad es que sólo quería hablar con usted, teniente. ¡Me

siento tan deprimido! ¡Sería horrible que tuvieran que cortarle un brazo a mi hija! Es tan joven…

—Cálmese, señor Steward. Tal vez no sea tan grave. Y si hablar conmigo ha servido para confortarle, me alegro. Voy a ir ahora mismo al hospital y procuraré informarme del estado de Alice. Tal vez pueda verla.

—Gracias, teniente. No le molestaré más —respondió Steward.

Palmer colgó el teléfono y siguió tabaleando con su lápiz sobre la mesa.

Se sentía muy inquieto, a su pesar.

Así que ni siquiera los médicos especialistas conocían el origen de la infección que afectaba el brazo de Alice.

Abandonó el despacho y pasó junto a Vanee. —Voy al hospital. Que Biggar se ocupe de mi despacho, si es necesario —indicó.

—Teniente, Biggar está todavía de vacaciones —le recordó el agente de guardia—. Volverá el próximo lunes.

Palmer se encogió de hombros.

—Es igual. Volveré en seguida —respondió. Y se alejo hacia la calle.

Se había levantado un fuerte vendaval cuando cruzó la calle a la carrera para evitar ser alcanzado por un camión.

Entró en su coche y se trasladó al hospital.

En el vestíbulo le informaron que los médicos habían decidido cortar el brazo de Alice Steward por encima del codo.

— ¿Ha comenzado ya la operación? —preguntó el teniente a la enfermera de recepción.

—Apenas hace unos minutos —respondió la joven—. En el quirófano principal, segunda planta.

Palmer encendió un cigarrillo para calmar su excitación y ascendió por la escalera.

Tuvo que esperar en el pasillo durante veinte minutos. Y durante

aquel tiempo consumió cuatro o cinco cigarrillos, que apagaba a los pocos segundos de encendidos.

Al fin pudo entrevistarse con el jefe de operadores, doctor Corbbet, que era precisamente el médico forense.

— ¡Frank! —Chad le salió al paso impetuosamente—. ¿Qué ha ocurrido con Alice Steward?

—No puedo hablar aquí, Chad —respondió Corbbet, sombrío—. ¿Quieres venir a mi despacho?

—Desde luego. Vamos.

Descendieron a la planta primera y Corbbet le guió hasta su despacho. Sólo cuando el médico cerró la puerta y estuvieron solos, comenzó a hablar.

—No había otra opción, Chad. Hemos tenido que amputarle el brazo hasta muy por encima del codo porque *los dedos de su mano comenzaban a momificarse* —declaró.

CAPÍTULO VI

Palmer entrecerró los párpados, incrédulo.

— ¿A momificarse? ¿Crees que una persona puede momificarse en vida? —clamó, impaciente—. ¡Es lo más absurdo que he oído en mi existencia!

Corbbet se pasó una mano por los canosos cabellos.

—Yo hubiera reaccionado igual que tú si me hubieran dicho algo semejante hace unos días. Pero entonces no había visto á Alice Steward —argumentó con acento grave.

—Luego es posible —observó el policía.

—Yo mismo lo he comprobado por mis propios ojos. Sin embargo, jamás con anterioridad se había dado con caso semejante en la historia de la Medicina. He visto sí, numerosos casos de miembros atronados e inútiles, pero nunca momificados en vida.

—Pero ¿era necesaria la amputación?

—Tomamos el acuerdo entre seis doctores de varias

especialidades, porque temíamos que si la infección seguía avanzando afectaría al cerebro y Alice Steward moriría inexorablemente —manifestó Corbbet.

— ¡Es increíble! ¿Qué clase de infección, de virus, de bacteria... o lo que sea, es la que causa algo tan espantoso?

—No lo conocemos. Se han tomado muestras para el laboratorio, pero esas bacterias son desconocidas para la Medicina. Este es un caso extraño, estremecedor, que puede desquiciarnos a todos. Verás... Normalmente, un miembro infectado evoluciona de la siguiente forma: el virus ataca a las células y las debilita. Si se conoce un tratamiento eficaz, el mal puede atajarse y en caso contrario la infección avanza y las células van muriendo. El tejido muscular se pudre, por así decirlo. Pero en este caso, la piel, los músculos y las arterias y venas no se pudren, sino que se deshidratan, se desecan por completo y el miembro va tornándose rígido, acartonado y muerto.

— ¿Crees que con la amputación habéis anulado el peligro? —preguntó Palmer con cierta ansiedad.

—No podemos estar seguros de ello, puesto que desconocemos el virus que causó la infección. No tenemos tampoco la seguridad de que la chica sobreviva —dijo Corbbet, con pesar.

— ¡Dios santo! —murmuró Chad, angustiado—. ¡Es tan joven y parece tan inocente...!

—Es una mujer valerosa. Ha afrontado los hechos con cierta serenidad. Naturalmente, la ha afectado mucho saber que a partir de ahora, si vive, será prácticamente una inválida.

— ¿Podría... podría verla?

—No es posible. Alice está ya en la Sección de Reanimación. Durante varios días la mantendremos inconsciente para evitar la posibilidad de un Shock emocional. Y seguirá así hasta que su muñón esté cicatrizado. ¡Ojalá no surjan complicaciones...!

Chad Palmer se despidió del doctor Corbbet y volvió a comisaría.

Durante el regreso estuvo a punto de colisionar con una furgoneta que aguardaba ante un semáforo en rojo, tan distraído conducía.

Recordaba constantemente las facciones de Alice Steward, tan lozanas y juveniles, tan delicadas y bellas. Y también sus cabellos cortos y rizados, su silueta desenvuelta, deportiva y airosa; sus piernas perfectas; sus bonitos ojos oscuros, que reflejaban el temor.

Se la imaginó sin un brazo —precisamente el derecho— y sintió la garganta seca y un escozor sospechoso en los ojos.

Aparcó el coche frente a comisaría, cruzó la calle y contestó con un desabrido:

— ¿Es que no me ve?

Cuando Vanee le saludó con un familiar: *« ¿Ya volvió del hospital, teniente?».*

Penetró en su despacho cerrando de un portazo.

Vanee miro al sargento Dobson y movió la cabeza, pesaroso.

—Este hombre no tiene solución. Se vuelve cada día más intratable...

Tras de su mesa, Palmer conectó la cafetera y se puso un cigarrillo en los labios.

— ¡Pobre chica, pobre Alice Steward, que ya no podrá terminar su licenciatura en Medicina...! —murmuró.

Pensó en telefonear al padre de Alice, Dana Steward, pero finalmente rehusó a ello.

¿De qué iba a servir? No sería muy agradable convertirse en portador de noticias sombrías. Y Palmer, por otra parte, no poseía habilidad suficiente para prodigar consuelos.

Bebió el café a pequeños sorbos y fumó un par de cigarrillos antes de que Vanee le pasase una llamada telefónica.

— ¿Teniente Palmer? Le habla Derek Roos, agente número ciento tres, de servicio en Bound Village. Unos chicos que registraban una casa abandonada, que sirve de refugio a los vagabundos, han hecho un macabro hallazgo hace unos minutos. Se trata de una momia.

Palmer se atragantó con el último sorbo de café.

— ¿Qué ha dicho que encontraron los chicos? —rugió.

—Una momia, teniente —repitió Derek Roos—, Yo mismo he visto el cuerpo. Estaba bajo el hueco de una escalera, sentado en el suelo, la espalda apoyada sobre un muro ennegrecido por el humo de las fogatas y con una botella en la mano derecha.

— ¿Como sabe que es una momia?

—Caramba, teniente, basta con verlo. El rostro y las manos de este hombre están grises y acartonados. No lo he tocado, pero no es necesario para saber que el cadáver está momificado —manifestó el agente, un tanto amoscado.

—Roos, permanezca ahí y no permita que nadie se aproxime —expresó Palmer, rápido—. ¿Cuál es la dirección?

—Chand Street, en las traseras de Bound Avenue, la calle principal del barrio —declaró Roos.

Chad colgó el auricular de un golpe y salió a la carrera.

Se detuvo un segundo frente a Vanee y dijo:

—Han encontrado un cadáver en Bound Village. Dígaselo al capitán, si aparece por aquí. Y usted, Dobson, cínchese la tripa y venga conmigo.

—Siiií, teniente —murmuró el sargento, molesto, aunque se apresuró a ponerse en pie de un brinco y se ajustó el cinturón sobre el prominente abdomen.

Cuando Dobson llegó a la calle, el teniente le aguardaba ya, impaciente, dentro de su coche.

Palmer arrancó y arrojó sobre el techo la luz giratoria anaranjada e hizo sonar la sirena de que estaba provisto su coche.

A las siete de la noche, el tráfico de vehículos era muy denso, por lo que Chad tuvo que andar listo para no colisionar con los automóviles y autobuses que le impedían el paso.

Finalmente llegaron a Chand Street. La calle Chand era un ejemplo típico de la arquitectura sureña del siglo XIX, con viejos edificios de soportales y balcones corridos, en la mayoría desocupados o en ruinas.

Ross aguardaba al final de la calle y se las veía y deseaba para mantener apartados al puñado de curiosos que en menos de media hora se había apiñado alrededor de la casa en ruinas.

Palmer frenó bruscamente, se echó fuera del coche y apartó rudamente a los ociosos que le impedían el paso.

— ¡Vamos, apártense, aléjense de aquí! —rugió Dobson, empujando a los más reacios con su voluminoso vientre.

—No los eche a todos, sargento. Tal vez tengamos que hacerles algunas preguntas —recomendó el teniente desde la puerta.

—Está ahí dentro —dijo Roos, precediéndole.

Avanzaron por un pasillo, cuyo techo estaba cubierto de telarañas y el piso de polvo y cascotes. El papel de las paredes, enmohecido, colgaba a jirones.

Roos se detuvo en una pieza más ancha. Parecía un patio cubierto y del fondo partía una escalera a la que faltaban la mitad de los peldaños, posiblemente empleados como leña para las fogatas que hacían los vagabundos.

La lámpara que Palmer llevaba encendida iluminó el cadáver, bajo el hueco de la escalera.

Estaba en la posición que indicara Roos, sentado con las piernas extendidas sobre el suelo cubierto de ceniza, la espalda apoyada sobre la negra pared y todavía apretaba en la mano derecha una botella de ginebra.

Debía ser un hombre viejo, porque su barba y sus enmarañados cabellos eran canos, casi blancos.

Vestía una vieja gabardina harapienta, con un gran desgarrón en la manga izquierda, a través del cual podía verse el brazo, muy delgado, apenas hueso y piel acartonada y grisácea sobre él.

También el rostro —lo que podía verse de él— aparecía gris, completamente momificado.

—Se diría que murió hace cien años —dijo Palmer, impresionado por el aspecto del cadáver.

—No va a creerme, teniente, pero un tipo que está ahí fuera me

ha asegurado que este hombre estaba vivo hace un par de días —anunció Roos.

— ¡Eso es absurdo! —Palmer se volvió a mirar al agente—. Un cuerpo humano tarda muchos años en momificarse.

Pero entonces recordó a Alice Steward. No se sentía demasiado bien cuando ordenó a Roos:

—Tráigame a ese hombre y diga al sargento que venga. Usted quédese ahí, en la puerta.

—Sí, teniente.

Dobson entró, acompañando a un individuo harapiento, delgado y barbudo, que dirigió una temerosa mirada al cadáver.

—Vaya a mi coche, utilice la radio y pida una ambulancia. Y dígale a Vanee que nos envíe inmediatamente un fotógrafo —dictó a Dobson, que marchó a cumplir sus instrucciones.

Miró al vagabundo y gruñó:

— ¿Qué espera ahí? ¡Acérquese!

El hombre avanzó dos pasos.

— ¿Cómo se llama? —inquirió el policía.

—Angus O'Brien, señor. Pero no vaya a creer que yo tengo algo que ver con Blaine...

— ¿Quién es Blaine? —saltó Palmer, rápido.

O'Brien señaló con un ademán tembloroso el cuerpo momificado.

—Veamos. ¿Qué es eso de que Blaine estaba vivo hace dos días? —le interpeló, mirándole inquisitivamente.

—Es... es cierto, señor. Fuera están Garand, Towers y Evarts, los cuales pueden confirmárselo —replicó O'Brien, que dirigía furtivas miradas al cadáver de vez en cuando.

—Salga a la calle y diga a los hombres que acaba de nombrar que entren —le ordenó el teniente sin cortesía.

O'Brien volvió poco después con otros tres hombres tan andrajosos y desaliñados como el primero.

—Pandilla de haraganes —murmuró Palmer entre dientes. Pero les «invitó» a acercarse e indicó a Dobson, que llegó en ese momento, que tomase los nombres y apellidos de los cuatro—. Espero que estéis dispuestos a firmar una declaración afirmando que Blaine estaba vivo anteayer —anunció, mirándoles de arriba abajo.

Los cuatro vagabundos asintieron. —Veamos. ¿Cuál era el nombre completo de Blaine? —inquirió.

—Blaine Pollock —respondió Garand, limpiándose la nariz con el dorso de la mano.

—Supongo que era un vagabundo, como vosotros. ¿Vivía aquí?

—Sí, teniente —asintió O'Brien—. Bueno, todos vivíamos aquí, hasta que Blaine comenzó a sentirse mal.

—Explícate.

—Garand se lo explicará mejor. El era amigo de Blaine Pollock.

Garand, un hombretón grasiento y barbudo, declaró:

—Fue hace tres noches. Blaine llegó sangrando por un brazo. Venía borracho, como siempre, y sangraba por el brazo izquierdo. ¿No lo ve? Todavía se advierte la mancha de sangre en la manga de su gabardina.

—Adelante —le animó el teniente.

—Me contó algo muy extraño. Supuse que se había caído y se había herido con un pedazo de cristal o con algún bote de hojalata, y que su historia sólo era producto de la ginebra que había bebido aquella tarde. Por eso hice poco caso de lo que me contó.

— ¿Cuál era esa historia? —exigió Palmer.

—Me dijo que le había atacado un... gigante, que el tipo le había desgarrado la manga de la gabardina y le había herido en el brazo de un zarpazo. Agregó que el fulano tenía unos ojos redondos y fosforescentes y que sus ropas hedían. Blaine me dijo también que, posiblemente, aquel individuo era un demonio y que bufaba como una fiera salvaje. Puro cuento, desde luego.

— ¿No le aconsejasteis que acudiera a un puesto de socorro?

—Yo se lo dije, pero Blaine era arisco como una muía y se negó a dejarse curar. Al día siguiente no se movió de ahí, donde está ahora —especificó Garand—. Parecía amodorrado y no movía el brazo izquierdo. Yo me marché y Blaine le pidió a Evarts que introdujese la mano en el bolsillo izquierdo de su gabardina y tomase doce dólares para traerle una botella de ginebra. Se la bebió a lo largo del día. Cuando regresé al anochecer, me di cuenta de que su mano izquierda estaba verdosa y las puntas de sus dedos tenían una dureza extraña.

— ¿Qué hicisteis?

— ¿Qué podíamos hacer? Estábamos seguros de que Blaine estaba muriéndose, pues no terminó de beberse la botella que puse en sus manos. ¡Mírela, es ésa! Todavía tiene unos cuantos tragos.

—Os marchasteis, supongo...

—Ya sabe, teniente: ninguno de nosotros quiere líos con la «pasma», digo con la policía. Temimos vernos comprometidos si seguíamos aquí y nos marchamos.

—Dejando a un camarada moribundo —escupió Palmer, enfurecido.

—Yo volví anoche. Al fin y al cabo, Blaine era un viejo amigo —añadió Garand—. Le palpé en la oscuridad y... retrocedí, espantado, al notar su rostro duro y seco bajo mis dedos. Perdí el valor y huí.

— ¿Eso es todo? —preguntó el policía.

—Sí —repuso Garand. Y tendió las manos juntas—. Supongo que va a detenernos.

—En la cárcel se está calentito y dan dos comidas dianas, ¿verdad? —sonrió Palmer con un gesto de complicidad.

Pero súbitamente sus facciones se atirantaron,

— ¡Largaos! —gritó. Y señaló la calle.

CAPÍTULO VII

Corbbet se reunió con Palmer a la puerta de la sala de autopsias.

—Tenías razón, Chad.

— ¿Quieres decir que Blaine Pollock contrajo la misma infección que Alice Steward? —preguntó el policía, caminando en pos del forense.

—No hay ninguna duda. Por fortuna, a la chica le desinfectaron la herida rápidamente y eso fue la causa de que la infección avanzara con más lentitud. En el caso de Pollock, la acción del virus fue más rápida porque los arañazos tenían más extensión y eran más profundos. Por supuesto, ese vagabundo ni siquiera se hizo desinfectar la lesión y ello supuso su muerte casi fulminante —dictaminó Corbbet.

—Pero... ¡no logro entender cómo su cuerpo pudo momificarse en poco más de veinticuatro horas! —protestó Chad, con vehemencia.

—Tampoco nosotros nos lo explicamos, Chad, y... somos médicos. Por ahora sólo cabe esbozar una hipótesis: el virus es causa de algún raro cambio celular que favorece la desecación rápida, progresiva, de los tejidos afectados.

Corbbet se detuvo en mitad del pasillo.

—Chad —dijo con voz grave—, el caso de Blaine demuestra que ese hombre no murió. El agresor está vivo y anda suelto por ahí, portando una carga de gérmenes peligrosísimos. Es necesario que sea detenido y aislado.

—Se le está buscando ya por todas partes, especialmente por los alrededores de Bound Village, barrio por el que ese tipo parece sentir predilección. Pero aunque le encontrásemos, no creo que resulte fácil detenerle... vivo.

— ¿Por qué? —preguntó Corbbet.

—El caso es ya del dominio público. La gente sabe que un simple arañazo de ese monstruo puede causar una muerte terrible y rápida. Y también lo saben nuestros agentes. Si dan con él, lo más fácil es que le ametrallen.

—Sería interesante capturarle vivo, con el fin de estudiar ese virus. Sin embargo, la seguridad ciudadana es aún más importante que la curiosidad científica.

—Esa es mi opinión también. Por cierto, ¿qué tal sigue Alice Steward? —exclamó Palmer.

—La chica va a salvarse, Chad. Su muñón está cicatrizando y no hay señales de que la infección vaya a seguir adelante —respondió el médico.

— ¡Dios sea loado! —exclamó fogosamente el policía.

Pero debió arrepentirse de su impetuosidad, porque en seguida calló como un muerto.

Corbbet le miró, suspicaz, y observó:

—Me parece que estás experimentando por esa muchacha un interés que excede al meramente profesional, ¿no es así, Chad?

Pero el teniente se despidió apresuradamente y se alejó con un bufido.

En comisaría no había ninguna novedad acerca del «Monstruo de Bound Village», como en los periódicos se comenzaba a llamar al individuo que asaltara a miss Steward y a Blaine Pollock.

Palmer se sentía más furioso que nunca. Aquella misma mañana,

el capitán Quincy le había reconvenido agriamente

—Debió usted tenerme al corriente del caso, teniente. El gobernador está que trina. Al parecer, no tenía la menor noticia de la gravedad de la situación —observó su inmediato superior.

—Yo dejo puntualmente mis informes sobre su mesa, señor —observó Palmer, ácido.

—Usted sabe que no dedico más que una atención superficial a los casos de rutina, Chad. A partir de ahora me informará de este asunto personalmente —indicó el capitán.

«En el improbable supuesto de que te encuentres en tu despacho, querido», pensó Palmer, cada vez más cáustico.

Pero lo que contestó en voz alta fue: —Así lo haré, señor.

Y salió de la estancia, renegando entre dientes.

Durante todo el día, las patrullas móviles, con una dotación muy superior a lo normal, habían vigilado y rondado toda la ciudad, con una atención especial hacia Bound Village.

Todo ello siguiendo las órdenes del capitán Quincy.

La opinión de Palmer era contraria a aquel derroche de vigilancia diurna, puesto que parecía demostrado que el «Monstruo» sólo se dejaba ver a partir del anochecer.

Tras su visita al doctor Corbbet, el teniente Palmer permaneció en su despacho, paseando sin cesar, pues los nervios apenas le permitían descansar.

A las diez de la noche, se sentía al borde de la impaciencia. Para distraerse, pensó en llamar por teléfono a su abogado.

No llegó a marcar el número, porque acababa de recordar a Valeria.

Era asombroso: llevaba casi una semana sin que el recuerdo de su mujer viniera a perturbar su mente.

—Creo que todo se debe al maldito caso del «Monstruo de Bound Village» —se dijo mentalmente.

Pero no era cierto. La única verdad es que durante aquellos días

sólo había estado pendiente del curso postoperatorio de Alice Steward.

¿Se había enamorado de la chica?

— ¡Al diablo! —gruñó, en voz alta—. Ella riere veinte años y yo soy un viejo cascarrabias de cuarenta.

Sin embargo, experimentaba una intensa ternura hacia la bella jovencita.

—Pura compasión —se dijo.

Pero no podía ocultar el hecho de que mañana, tarde y noche hubiera estado telefoneando al hospital para interesarse por el estado de Alice.

A las once de la noche, Palmer abandonó su despacho impulsivamente, tras dejar recado a Vanee de que se dirigía a Bound Village.

Cruzó la ciudad, prácticamente desierta.

La gente tenía miedo, como lo demostraba el hecho de que en comisaría se hubieran recibido centenares de falsas alarmas. Todo el mundo creía ver al «Monstruo» en el jardín de su casa, en los sótanos o en las esquinas.

Tomó la autopista Ochenta y Cinco y se desvió para ganar el paso elevado que llevaba hasta Bound Village.

Por las calles no transitaba un alma, a excepción de los agentes de vigilancia. La noche, por otra parte era fría y desapacible.

Palmer conducía su coche despacio, atento a cualquier silueta sospechosa.

De repente, el estruendo fragoroso de una ráfaga de metralleta le obligó a frenar.

Los disparos habían sonado a su espalda, por lo que Palmer torció el volante y montó sobre la acera, tras lo cual se desvió a la derecha y rodó a lo largo de una calle ocupada por pequeñas industrias y talleres.

Al final de la "calle y justamente frente a la valla de madera de un solar, estaba el automóvil de la unidad número 19.

Palmer frenó a su altura, sacó el revólver y se apeó.

Golan vino inmediatamente a su encuentro.

—Estábamos de vigilancia en este lugar, cuando oímos un rumor en ese solar. Tracy ha saltado la valla y ha disparado contra alguien —explicó, muy agitado.

— ¡Vamos! —exclamó Palmer.

Y se guardó el revólver y escaló la valla de un ágil salto.

Se dejó caer al otro lado y avanzó con precaución a través de montones de chatarra.

— ¡Tracy!

— ¡Estoy aquí, teniente! ¡Junto a la máquina compresora! —gritó el policía.

Palmer corrió hacia allá, seguido por el jadeante Golan.

También Tracy respiraba entrecortadamente»

— ¿Le diste? —preguntó el teniente.

—Creo que sí. Escuché una especie de alarido. Debe estar allí, tras la montaña de chatarra —respondió tenso.

—Encended las linternas —indicó Palmer, advirtiendo que los puntos del alumbrado público quedaban lejanos—. Vamos a avanzar con precaución.

Se pusieron en marcha, y escalaron despacio el montón de hierros de desecho. Palmer avanzaba en el centro, con Tracy a su derecha y Golan a la izquierda.

También Chad sentía sus nervios tensos como cuerdas de guitarra. ¿Qué es lo que iban a encontrar al otro lado de la cúspide del montón de chatarra?

De todas formas, el teniente rebasó la cima de un salto, elevó el revólver, avizoró al otro lado y... pronunció una sonora maldición.

— ¿Qué, teniente? —preguntó Tracy, nervioso.

—Enhorabuena —gruñó Palmer, malhumorado—. Tienes una

puntería infalible. Has ametrallado a... un pobre gato.

Tracy se atragantó y Golan estalló en una histérica carcajada, pero enmudeció cuando Palmer le dirigió una dura mirada de reconvención.

Tracy dirigió una ojeada al cadáver del gato y no dijo nada. Luego volvieron sobre sus pasos y alcanzaron la calle.

Palmer permaneció hasta la madrugada patrullando por el barrio. A cada momento se cruzaba con los autos de las unidades 19, 21, 23, 30 y 32, que realizaban sus rondas sin cesar.

—Demasiados coches, demasiado movimiento —gruñó Palmer, moviendo la cabeza en sentido negativo.

Y se fue a dormir.

* * *

El repiqueteo del teléfono le despertó. Eran las doce de la mañana.

—Hola —gruñó—. ¿Quién es?

—Enhorabuena, Chad. Mañana se verá tu expediente de divorcio ante el juez —le saludó Robbins.

—Ah, ya.

— ¡Ah, ya! ¿Eso es todo, después de la lata que me has dado durante las últimas semanas? —se lamentó el abogado.

—Quiero decir... Gracias, amigo mío. ¿A qué hora debo comparecer ante el juez? —preguntó Palmer, indiferente.

—A las once de la mañana. No faltes. —Estaré allí. Gracias de nuevo, Robbins —dijo Chad. Y colgó.

Se levantó y fue al lavabo.

—Pero bueno, muchacho —se dijo, mirándose en el espejo—. ¿Qué te pasa? Estabas al punto del ataque histérico en tu ansia de

obtener el divorcio, y ahora... te quedas tan tranquilo.

Tuvo que acudir al teléfono de nuevo.

Esta vez se trataba del doctor Corbbet.

— ¿Chad? He estado hablando unos minutos con Alice Steward. La chica está ya bien, aunque muy deprimida. Le hablé de ti y... pareció revivir. De modo que deja todo lo que estés haciendo y ven a verla ahora mismo. Estás autorizado a visitarla —manifestó el médico.

—Pero... —murmuró Palmer, increíblemente turbado.

—Es una obra de caridad, Chad. No irás a negarte, ¿eh? Además, tú tenías mucho interés en verla —añadió Corbbet, un tanto irónico.

— ¡Está bien! Iré —prometió.

Se afeitó rápidamente. Y se cortó.

Empezaba a sentirse irritado consigo mismo. ¿A qué venía tanta timidez e inseguridad?

Se esmeró en presentar un aspecto cuidadoso y elegante.

La verdad era que a lo largo de los últimos meses el teniente había descuidado mucho su aspecto personal.

Eligió un traje claro, muy bien cortado y renunció al gabán.

Bajó a la calle e hizo algo absolutamente en desacuerdo con sus costumbres: adquirió en una floristería un bello *bouquet* de magnolias.

Volvió aprisa al coche, porque se sentía muy ridículo con aquellas flores en la mano...

En el hospital, Palmer ocultó las flores bajo el mostrador de recepción y se informó de que la señorita Steward ocupaba una habitación de la planta tercera.

Subió por la escalera. Quizá para evitar que alguien conocido pudiera verle.

Recorrió el pasillo, se detuvo ante una puerta y llamó tímidamente con los nudillos. Y entró.

La enfermera que atendía a la señorita Steward abandonó la

habitación al ver a Chad Palmer.

La miró.

Alice presentaba unas facciones pálidas y algo demacradas, pero estaba más bella que nunca.

Sus cabellos oscuros aparecían desparramados sobre la almohada. Y sus ojos destellaron cálidamente al ver a Palmer.

— ¡Teniente...!

Chad se aproximó unos pasos. Mantenía las manos a la espalda y parecía muy azorado.

—Me alegro de verla, señorita Steward —dijo.

—Pero... acérquese, teniente. ¿Qué oculta a su espalda?

Curiosamente, Chad se ruborizó. Finalmente logró sacar el primoroso *bouquet* de magnolias y lo dejó sobre el regazo de la joven.

—No sé si le gustarán, Alice —murmuró.

—Son preciosas, teniente —respondió ella, con un brillo húmedo en los ojos.

De repente rompió en sollozos. Su llanto era estremecedor, desesperado. Chad se sintió incómodo.

Las frases de consuelo estaban en sus labios, pero el policía no se atrevió a pronunciarlas.

Tímidamente avanzó una mano y acarició los sedosos cabellos desparramados sobre la almohada.

—Vamos, Alice. Todo se arreglará —pronunció torpemente.

La muchacha fue calmándose paulatinamente. Y al fin, elevó su mirada al policía y dijo:

—Teniente, estoy desesperada, dominada por la angustia. Creo... creo que para mí hubiera sido mejor morir…

— ¡No diga eso! La vida puede ofrecerle todavía muchas compensaciones —arguyó Palmer.

—Pero... ¿no lo comprende? —exclamó ella, impetuosa—. A los veinte años de edad, *soy ya una inválida.* Podría superar la desilusión de ver interrumpida mi carrera de Medicina, pero jamás podré casarme, unir mi vida a la de un hombre corriente...

— ¿Por qué? Usted es muy atractiva, Alice.

—Pero me falta un brazo, teniente, y ningún hombre se atreverá a acercarse a una mujer como yo. La prueba está en la ausencia de Max.

— ¿Quién es Max? —quiso saber Chad.

—Max Wythe, un compañero de Universidad. Parecía muy ilusionado conmigo. No me dejaba ni a sol ni a sombra. ¡Parecía tan enamorado...! La verdad es que yo no me sentía tan apasionada como él, pero le apreciaba sinceramente. Quizá más tarde hubiera terminado enamorándome de él, pero...

— ¿Qué pasó?

—Max se alejó de mí en cuanto vio mi brazo tumefacto, hinchado. Preguntó por mí cuando vine al hospital, pero se ha marchado para siempre cuando supo que me había sido amputado el brazo derecho. Mi padre me dijo que Max había marchado a California, para tomarse unas semanas de vacaciones, pero yo sé que jamás volveré a verle.

—No diga eso. Tal vez, Max se siente ahora desorientado, pero si la quiere, volverá —dijo Chad, inquieto y nervioso.

—No volverá, estoy segura. A partir de ahora, estoy condenada a la soledad, ni soy tan tonta como para mentirme a mí misma. ¿Qué hombre tendría el valor de cargar conmigo, con una inválida?

—Yo mismo —exclamó fogosamente Palmer. Y en seguida se sorprendió de su audacia.

Alice giró el cuello y le miró con los ojos muy abiertos y brillantes.

CAPÍTULO VIII

El acto fue muy breve y rápido.

Chad Palmer no experimentó ninguna emoción especial al encontrarse en presencia de Valerie.

Por su parte, ella adoptaba una actitud distante y orgullosa que sólo logró causar una leve irritación en el ánimo de Palmer.

Luego el juez pronunció el divorcio y dictó las condiciones. Tras lo cual, Chad abandonó la corte en compañía de Hugh Robbins y Valerie hizo lo propio en compañía de su abogado.

—No pareces tan alegre y satisfecho como sería de esperar —comentó Robbins, en la calle.

—Romper un matrimonio no tiene nada de agradable. Por el contrario, resulta triste, aunque sea necesario —respondió Chad.

Se separaron poco después y Palmer volvió al hotel.

Almorzó, llamó por teléfono al hospital, y se hizo cargo de su servicio en comisaría.

Quincy estaba de un humor infernal y barbotaba, en su

despacho, algunos comentarios despectivos sobre la eficacia del personal a sus órdenes.

Era lógico, en cierto modo. Porque el hallazgo del cadáver momificado de Blaine Pollock había provocado ediciones especiales de todos los diarios y la Radio y la Televisión con sus continuos boletines de noticias habían logrado crear una situación de horror colectivo entre las gentes.

La madrugada anterior, el vigilante de un supermercado había presentado una denuncia por robo con fractura del establecimiento encomendado a su vigilancia.

Según la denuncia, cuatro o cinco individuos habían roto las lunas de los escaparates del supermercado y robado alimentos congelados por valor de unos cien dólares.

Parecía tratarse de un vulgar robo, pero *la diferencia estaba en la estatura y la extraña apariencia de los ladrones.*

—Quedé aterrado al contemplar sus siluetas a contraluz —declaró el vigilante—. Los ladrones eran altísimos... Quizá sobrepasasen los dos metros y medio de estatura y... caminaban como... como pudiera hacerlo una rana erguida sobre sus patas traseras. A pesar de que tenía mi pistola en la funda, me sentí tan horrorizado, que me fue imposible desenfundarla y hacer fuego. Permanecí oculto tras un mostrador, mientras aquellos gigantes penetraban en la sección de alimentos congelados y cargaban con brazados de pollo, piernas de cordero y magros de vacuno. No, no pude ver sus rostros, porque no había más luz que la que provenía de la calle, pero sí pude apreciar que sus ojos, redondos y enormes, fulgían en la oscuridad.

Un equipo de policías, fotógrafos y expertos en huellas habían inspeccionado el local minuciosamente.

Y sólo hallaron las huellas de unos pies que medían cuarenta y cinco centímetros.

Pero el contorno de aquellos pies no guardaba la mejor semejanza con los humanos.

—Más bien podría asegurarse que *se trata del pie de un saurio gigante* —declaró el sargento Dobson.

El capitán Quincy se rió en sus barbas.

— ¿Saurios gigantes que caminan a dos patas? ¡Vamos, sargento! Sin duda, esos ladrones se calzaron aletas de hombre-rana con el fin de disimular las huellas que hubieran dejado unos zapatos corrientes.

Pero Palmer no estaba dispuesto a tomar el asunto a broma. Sabía que Alice Steward había visto amputado su brazo derecho y Blaine Pollock había encontrado una muerte rápida y horrible cuando uno de aquellos «monstruos» dejó la huella de su zarpa en su piel.

Quincy seguía aferrado a su testaruda idea de llenar Bound Village de coches patrulleros y policías, pero Palmer tenía unas intenciones muy indiferentes.

Al anochecer, abandonó la comisaría y se puso en contacto por radio con las cinco unidades que habían sido destinadas a Bound Village.

Sus instrucciones fueron muy concretas: nada de patrullar incesantemente las calles de Bound Village.

Las unidades ocuparían lugares estratégicos en distintos puntos del barrio: en el vertedero de basuras, en las tiendas de comestibles y junto al canal.

—Yo mismo ocuparé un puesto de vigilancia, en el centro del distrito. En cuanto adviertan el más leve movimiento sospechoso, utilicen la radio y avísenme. Yo acudiré inmediatamente.

A las once, Palmer recorrió los distintos puntos y se cercioró de que sus hombres seguían al pie de la letra sus instrucciones.

Volvió a su coche y se dirigió hacia Bound Avenue. Detuvo el vehículo detrás de una hilera de automóviles y se dispuso a esperar.

La calle estaba solitaria. El viento sopló fuerte y algunos papeles sucios se alzaron en un remolino.

Fumó tres o cuatro cigarrillos. Mantenía el receptor de radio conectado, con el fin de recibir cuanto antes el primer mensaje de las unidades policiales distribuidas por el barrio.

Las horas transcurrieron lentamente. Palmer sentía ya la boca pastosa de tanto fumar.

- entonces a través de la ventanilla de su coche se oyó aquel

rumor.

- Era como un arrastrar de pies, como el murmullo producido por los pasos de un anciano, vacilantes y lentos.Giró la cabeza y vio la silueta que se apoyaba en el muro, a unos veinte metros de distancia.Palmer notó que sus cabellos se erizaban al contemplar la extraña figura desgarbada de... casi tres metros de altura.

- al fin, consiguió tomar el micrófono, manipular en la radio y enviar su mensaje con voz que era apenas un susurro.

— ¡Atención todas las unidades destacadas en Bound Village! Acabo de descubrir a nuestro hombre. Me encuentro en Bound Avenue. ¡Atención! Las unidades 19 y 21 deberán desplazarse hacia aquí y cubrir el cruce con Tower Street. Las 23 y 26 cerrarán la entrada a la avenida por el norte y las 29 y 31, cubrirán el cruce sur con la calle Formand. No hagan sonar las sirenas. Vengan hacia aquí aprisa, pero eviten hacer mucho ruido. ¡Atención...!

Sacó el revólver, y empujó, despacio, la portezuela.

El extraño individuo estaba inclinado sobre el suelo, plegado en inverosímil postura.

Chad se escurrió sobre el asiento de su coche y puso los pies sobre el suelo.

Hasta entonces había conseguido evitar el menor rumor, pero cuando se incorporó sus pies resbalaron sobre un pequeño montón de residuos, con lo cual Palmer cayó al suelo y la portezuela de su coche se cerró con gran estrépito.

En seguida se oyó un gruñido sordo que traslucía sorpresa y enojo.

Palmer se irguió al tiempo que contenía una palabrota y avanzó hacia la acera.

El gigante se había inclinado sobre la calzada y pugnaba por arrancar algo del bordillo de la acera.

De repente se irguió. Y llevaba en las manos algo largo y voluminoso... ¡un tramo del bordillo!

Palmer saltó veloz sobre el capó del próximo coche estacionado

en el momento en que el pesado tramo de hormigón cruzaba el aire y se abatía con gran estruendo sobre el techo del automóvil más cercano.

Crujieron las planchas y el pedrusco cayó sobre la calzada, arrancando chispas de los adoquines.

Ya estaba alzándose Palmer del suelo, cuando se dejó oír el chirrido de un frenazo. La luz ámbar de un coche-patrulla destelló en Bound Avenue y, simultáneamente, Chad se sintió proyectado contra el suelo y rodó violentamente sobre el pavimento.

El batacazo fue muy doloroso, pero el teniente se irguió y elevó su revólver.

Hacia el sur, la grotesca silueta del desconocido se bamboleaba a izquierda y derecha, galopando de forma ridícula sobre la acera.

— ¡Alto! —rugió Chad, furioso—. ¡Deténgase ahí mismo o le abraso!

Disparó, al comprobar que el fugitivo seguía corriendo en una insólita galopada bamboleante.

El cristal de una ventana saltó hecho pedazos, pero el «monstruo» no se detuvo.

Palmer corrió tras él, con las manos llenas de barro y la ira destellando en sus ojos.

— ¡Alto, alto! —volvió a gritar.

El fugitivo se detuvo.

Pero no eran los gritos de aviso de Palmer lo que le había obligado a frenar: por el cruce de la calle Formand acababa de aparecer el automóvil de la unidad número 29.

Una metralleta tableteó con gran estrépito y las planchas de los automóviles estacionados en Bound Avenue crepitaron quejumbrosamente.

El perseguido se había apoyado en el muro, parecía dudar entre entregarse o emprender la huida a la desesperada.

Finalmente se echó al suelo y Palmer le vio desaparecer entre los automóviles aparcados.

En aquel momento, el coche 19 apareció a gran velocidad por el cruce norte de Tower Street.

Tracy se apeó de un salto. Palmer pudo ver perfectamente que el joven policía echaba la rodilla a tierra y encaraba su metralleta hacia el individuo acosado.

El aire se llenó de acre olor a pólvora quemada.

Y luego Tracy gritó a pleno pulmón:

— ¡Le he dado, teniente! ¡Está ahí, detrás de un cubo de basura!

Palmer saltó sobre el capó de un coche, cayó sobre el pavimento y se irguió.

Tracy no había mentido: tras de un gran cubo de basura de caucho, podían verse las extremidades inferiores del fugitivo.

Corrió hacia allá, con todos los sentidos alerta y el revólver en la mano.

Tracy corría por la acera de enfrente como un loco, mientras Palmer contorneaba una furgoneta comercial que limitaba su visión.

— ¡Se escapa, teniente, se escapa! —vociferó Tracy. Y regó el lugar de balas.

Chad alcanzó la acera, tumbó el cubo de basuras de una patada y... miró con expresión sorprendida la tapa metálica de la alcantarilla, fuera de su sitio.

— ¡Se metió ahí, teniente! —rugió Tracy, que respiraba como un fuelle. Y señaló la boca de la alcantarilla.

Por la calle Formand avanzaron los policías de la unidad 29.

—Es imposible que ese tipo pueda seguir vivo —aseguró, tenso, el agente Lom.

—Nunca he visto algo semejante —murmuró Golan, que acababa de llegar—. Yo he visto con mis ojos como Tracy le metía diez o doce balas en el cuerpo. En esas circunstancias...

Se calló al ver que el teniente inspeccionaba el suelo con su linterna de bolsillo.

—También yo le alcancé —declaró Lom—. Sin embargo…

— ¿Utilizáis balas de fogueo? —gruñó el teniente Palmer, irritado—. Si le hubierais alcanzado, habría chorros de sangre sobre el pavimento. Pero no he podido ver ni una sola mancha.

— ¡Es verdad! —exclamó Tracy, atónito.

—No hay manchas de sangre —Lom contemplaba incrédulo el pavimento en un área de ocho metros a la redonda.

Palmer se acercó a la boca de alcantarilla y dirigió el chorro luminoso de su lámpara hacia las profundidades.

Y luego, ante la expectación de sus subordinados, se agachó, introdujo las piernas en la abertura y descendió.

—Teniente, es peligroso —observó Golan—. Ese tipo tiene todas las de ganar ahí, en la oscuridad. El ve en las tinieblas, pero usted no…

La cabeza de Palmer emergió por la alcantarilla.

— ¿Es que os vais a quedar ahí? —rugió.

CAPÍTULO IX

Las aguas sucias corrían tumultuosas por la cloaca.

Hacia la izquierda, algunas ratas corrieron por el pasillo elevado y finalmente se zambulleron en las corrompidas aguas residuales.

El ambiente era húmedo, maloliente y malsano. Los muros de hormigón destilaban humedad y se oía el gorgoteo lejano de las aguas, escurriéndose hacia algún lugar ignorado.

«Bound Avenue» indicaba un cartel de plástico reflectante sobre el arco de la bóveda de la cloaca.

Palmer llevaba la linterna en una mano y el revólver en la otra. Observaba con toda atención el piso de hormigón.

Pero no había manchas de sangre, aunque Palmer había descubierto un rosario de manchas negruzcas que marcaban el pavimento de metro en metro.

Detrás de él, descendió Tracy.

El joven e impetuoso pelirrojo parecía haber perdido el ochenta por ciento de su natural impetuosidad. Ahora le temblaba levemente la barbilla y sus manos se afianzaban en la corta metralleta como a

una tabla de salvación.

Entretanto, Palmer se había desviado a la derecha y avanzaba en pos de aquellas manchas oscuras, de consistencia grasosa, que el teniente no se había atrevido a tocar con sus dedos.

La gran cloaca dibujaba una cerrada .curva a la izquierda. La linterna de Palmer iluminó el recodo.

Y en las aguas se produjo un remolino.

Una figura humanoide emergió a la superficie y un gruñido ronco obligó a Palmer a detenerse.

Apenas podía ver entre las sucias y revueltas aguas, pero de repente un brazo se elevó de la cloaca y asió con fuerza uno de sus tobillos.

Palmer dejó escapar un alarido al sentirse arrastrado. Y al mismo tiempo, apretó varias veces el gatillo de su revólver.

Las detonaciones fueron repetidas varias veces por los largos túneles de la cloaca.

Chad notó que soltaban su tobillo y las aguas volvían a agitarse violentamente.

De un brinco se alzó del suelo y avizoró, en insufrible tensión, la corriente.

Le pareció advertir el movimiento de un cuerpo humano en el agua y disparó dos veces... antes de que el percutor de su revólver picase sobre un cartucho ya disparado.

Y entonces, a su espalda, resonó un alarido infrahumano.

Se volvió de un salto y vio a Tracy, que, absolutamente descompuesto, disparaba como un energúmeno sobre las aguas, al tiempo que gritaba algo ininteligible.

En una carrera, Palmer llegó junto a él y le aferró por un brazo. La metralleta dejó de disparar.

— ¡Tracy! —gritó—. ¿Qué diablos te ocurre?

Las facciones del muchacho aparecían terriblemente demacradas y sus ojos tenían un brillo de locura.

— ¡Ahí! —gritaba espeluznantemente—. ¡Ahí! ¡Docenas de criaturas semejantes a reptiles! ¡Yo los vi! Nadaban contra corriente y tiraban del cuerpo de su compañero.

Palmer tuvo que abofetearle.

— ¡Vamos, muchacho, cálmate! —exclamó. Y agregó con voz más sosegada—. Mira tú mismo. Yo no veo nada. Sólo agua sucia y pestilente.

Pero Tracy era un puro nervio y se debatía en un tremendo ataque histérico.

Golan se aproximó entonces. Parecía aterrado, pero en cuanto vio el ceño fruncido del teniente Palmer, se apresuró a tomar a Tracy por un brazo. Entre los dos consiguieron arrastrarlo hasta el cuadrado receptáculo de la arqueta.

Lom y otro agente le elevaron en vertical sobre los peldaños de hierro hasta el exterior.

Tracy fue evacuado rápidamente en un coche de la policía. Pero el teniente Palmer no estaba dispuesto a abandonar el asunto en aquel mismo instante.

Pidió refuerzos por radio y dictó instrucciones precisas para que los vigilantes del servicio de alcantarillado de la ciudad prestaran su auxilio en la inspección de las cloacas.

El capataz del servicio iluminó los pasadizos y la policía situó puestos de control y asistencia a través del dédalo del alcantarillado ciudadano.

Policías y empleados del servicio de cloacas registraron kilómetros de la gran cloaca principal y también de los tramos secundarios.

No era un trabajo muy agradable. Como había anunciado el capataz, a veces, en las cloacas poco aireadas, se formaban bolsas del gas metano que fluía de las pestilentes aguas residuales.

Bastaría, en caso de bolsas de gas, con encender un cigarrillo y podría producirse una explosión que tendría gravísimas consecuencias para las personas que se encontrasen en la red del alcantarillado.

Equipos de bomberos, sobre balsas neumáticas, rastrillaron la

cloaca principal, en busca del cadáver del «monstruo».

A las tres y media de la madrugada, Palmer no había recibido ninguna llamada a través del «walkie-talkie» *(1)* del que habían sido provistas todas las personas que participaban en la operación.

Pero a las cuatro quince, la lámpara-piloto de su receptor comenzó a destellar.

— ¡Teniente Palmer, teniente Palmer!

—Habla el teniente Palmer. ¿Qué sucede?

(1) Pequeño transmisor-receptor de radio con el que se puede establecer comunicación en un radio de alcance de 300 o 500 metros.

—Soy Jeff Gustafsen, el capataz. Hemos descubierto algo importante.

—Explíquese.

—Todavía no sé cómo hacerlo. Hemos llegado al lugar donde acaba de producirse un hundimiento. Según mis planos, corresponde a las excavaciones que se están realizando en Cortland Street para la construcción I de un gran aparcamiento de varias plantas subterráneas. Ha habido un pequeño desprendimiento, las aguas de la cloaca han reblandecido la tierra y se ha producido un enorme socavón de sesenta metros de longitud, treinta de ancho, por veinte de altura.

— ¿Y qué tiene que ver todo eso con...? —exclamó Palmer, al borde de la paciencia.

—Teniente, entre la tierra hemos encontrado un esqueleto muy raro. Pero hay algo más —le interrumpió Gustafsen.

— ¿Por qué no revienta de una maldita vez? —gritó el teniente, muy nervioso.

—No sé... cómo tomará lo que voy a decirle: hemos hallado, entre la tierra blanda, unos objetos semejantes a... huevos.

— ¿Huevos? ¿Huevos... de qué? —gruñó Palmer.

—Será mejor que venga y lo vea. Para ello, es preferible que

salga a la superficie y se traslade a Cortland Street. A Ta altura del número ochocientos noventa, verá un gran solar rodeado de vallas de hormigón. | Justo en la acera hay una gran boca de alcantarilla. I Uno de mis hombres le estará aguardando allí. ¿Va a venir?

— ¿Qué esperaba que hiciera? —exclamó Palmer, agrio—. ¿Irme a dormir? Voy para allá ahora mismo.

* * *

A través de la verja podían verse los *bulldozers,* las grúas y toda la maquinaria empleada en el movimiento de tierras.

Un coche de la policía se había estacionado junto a la alcantarilla, al pie de la cual esperaba un obrero con casco de plástico en la cabeza.

— ¿Teniente Palmer?

—El fantasma de Canterbury —gruñó Palmer. Y añadió—. ¿Qué espera? Vamos abajo.

El empleado le precedió en el descenso. Los peldaños de hierro estaban mojados, resbaladizos, muy peligrosos. Pero Palmer se había puesto unos guantes y se afianzó con fuerza para facilitar la bajada sin riesgo.

En la cloaca central les esperaba una lancha neumática, con motor fuera borda en marcha, que dirigía un miembro del cuerpo de bomberos.

Palmer saltó a bordo y la lancha se puso en marcha a través de la gran cloaca central.

El viaje duró unos quince minutos. Al llegar ante el cartel que señalaba la desviación a la cloaca de Cortland Street, la lancha neumática se introdujo a través del pasadizo de la derecha.

Al fondo brillaban, potentes, los focos luminosos que rabian instalado los bomberos.

Un gran tramo del túnel de hormigón se había hundido y las

aguas sucias corrían tumultuosas, abriéndose paso a través del dique natural formado por los enormes fragmentos de hormigón desprendidos.

El hueco medía más de cuatro metros. Junto a la entrada aguardaban tres policías de uniforme y una brigada de empleados del alcantarillado urbano.

Un hombrón rubio, que lucía un mostacho de guías caídas, se acercó a Palmer.

—Soy Gustafsen, teniente. ¿Quiere acercarse? —dijo.

Chad saltó al pasadizo elevado, cruzó la aglomeración de grandes cascotes y llegó junto a él.

Un bombero dirigió un foco luminoso hacia el interior del socavón en forma de caverna.

El agua se filtraba por algún lugar y formaba ya una charca de regulares dimensiones en su interior.

—Es peligroso penetrar ahí —señaló Gustafsen—. Mire hacia arriba, teniente. Sobre esa bóveda arenosa se están realizando las excavaciones del aparcamiento. En cualquier momento pueden desprenderse enormes masas de tierra y sepultar a los que se encuentren debajo.

Palmer dirigió una larga mirada a la caverna.

Algo desagradable, deletéreo, parecía flotar en el aire. Se oía el glu-glú del agua de la cloaca penetrando en el socavón y de la tierra blanda de los alrededores de la charca brotaba un vapor blanquecino.

Palmer se había habituado ya al repugnante hedor de las aguas residuales, pero dentro de aquella caverna formada por el socavón se respiraba un aire impuro, enrarecido.

—Usted habló de un esqueleto —dijo el policía, volviéndose al capataz—. ¿Dónde está?

—Allí —Gustafsen señalaba una grieta en las oblongas paredes de la caverna—. Tenga. Póngase un casco, teniente, si quiere penetrar en el socavón.

Palmer se ajustó el casco de plástico y siguió a Gustafsen.

Saltaron sobre el arroyuelo de aguas sucias que iba a parar a la charca central y avanzaron despacio hasta la grieta.

Sus pies se hundían en la tierra blanda y húmeda. Detrás de ellos, el dedo luminoso del foco proyectaba sus siluetas, gigantescas, sobre la bóveda de tierra arenosa.

Contornearon la pestífera laguna y escalaron la pendiente en dirección a la profunda grieta.

La zona quedaba en penumbras, puesto que la luz del foco no penetraba hasta allí. Pero Gustafsen llevaba una potente lámpara en la mano y Palmer encendió también su linterna.

—Ahí lo tiene —dijo el capataz.

Tras el corte oblicuo de la grieta, Palmer descubrió el esqueleto.

Y se estremeció.

¿A qué animal prehistórico podía pertenecer aquel cráneo aplastado, con una insólita cresta sagital que iba desde los arcos supraciliares al occipucio?

Los ojos de Palmer recorrieron, incrédulos, los restos óseos.

Vio un tórax deprimido y alargado, cuyo esternón sobresalía en forma de quilla, una espina dorsal de gruesas vértebras casi transparentes, unas caderas muy estrechas, unas extremidades larguísimas...

—Lo extraño no es sólo el esqueleto —dijo junto a él Jeff Gustafsen—, sino el hedor que brota de estos restos. No soy un experto en estas cuestiones, pero me atrevería a decir que este «bicho» murió hace pocos meses...

CAPÍTULO X

Un escalofrío de repugnancia recorrió el sistema nervioso de Palmer.

Era cierto que aquellos restos hedían. Tras una observación más minuciosa, era fácil advertir que todavía quedaban algunos restos de materia orgánica entre los huesos.

—Usted habló de algo más, Gustafsen —dijo el policía con voz sospechosamente ronca—. Dijo algo acerca de unos... huevos.

El capataz movió afirmativamente la cabeza.

—Sí. Supongo que debe tratarse de restos fósiles antediluvianos. Están ahí, en el fondo de la grieta. ¿Quiere venir? —invitó.

Palmer dirigió una vacilante mirada a los policías y bomberos que aguardaban, expectantes, en la abertura de la caverna.

—Sí —respondió—. Vamos allá.

Saltaron por encima del esqueleto y avanzaron con cuidado unos metros a través de la estrecha y profunda grieta.

— ¡Mire ahí! —exclamó Gustafsen. Y se apartó para permitirle el paso, al tiempo que dirigía la luz de su linterna hacia un hueco a modo de nicho situado a poco menos de un metro sobre el suelo.

— ¡Dios santo, no es posible! —exclamó Palmer.

Había catorce huevos como en un nido. Huevos de color grisáceo, con pintas verdes.

Huevos que medían más de treinta y cinco centímetros de longitud y pesarían cinco o seis kilos.

—Es extraordinario, sí —afirmó Gustafsen—. Jamás había contemplado nada más colosal. Pero ¡teniente! ¿Qué le ocurre? Parece usted a punto de sufrir un ataque... Vamos, respire fuerte. No es para tanto, hombre. Supongo que esos huevos están ahí desde hace

millones de años. Probablemente estarán fosilizados... ¿Se anima?

Palmer respiró profundamente y asintió.

La verdad era que durante unos segundos había experimentado un tremendo vahído.

¿Gases venenosos, repugnancia, falta de energías, cansancio, miedo...?

Quizá de todo un poco.

Hubiera fumado un cigarrillo con ansiedad, pero Gustafsen le disuadió de hacerlo, advirtiéndole que podían existir formaciones de metano en la cueva.

Ya se disponían a volver, cuando el capataz sujetó a Palmer por un hombro.

— ¡Teniente! —susurró. Su voz tenía un timbre muy especial, que traslucía sorpresa y pavor.

Palmer se volvió a mirar.

Uno de aquellos enormes huevos se habla movido. Luego en la dura cascara calcárea apareció una grieta. Y otra, y otra...

Gustafsen juró en voz baja.

Palmer contemplaba fascinado el montón de huevos.

Luego aquel que se había agrietado se rompió y los fragmentos de gruesos cascarones se agitaron.

Una criatura viva se movió y emergió sobre el montón de huevos.

Los dos hombres contemplaban el fenómeno helados de espanto.

Era un ser vivo, monstruoso, repugnante.

Una criatura que recordaba de algún modo a un niño recién nacido.

Su cabeza era enorme, estrecha, con una protuberancia sagital a modo de cresta.

Tenía la piel grisácea, granujienta, coriácea… como la de un reptil. Pero su tronco y sus extremidades tenían apariencia muy próxima a la humana.

Aquella criatura se movió torpemente, emitió una especie de silbido sordo y giró la cabeza y les miró.

Sus ojos, enormes y fosforescentes, contemplaron a los dos hombres con fijeza hipnótica.

Entonces resonó a sus espaldas el sordo fragor del derrumbamiento. Y simultáneamente, se oyeron las frases excitadas que proferían los hombres que habían quedado en la cloaca.

Palmer y Gustafsen se volvieron y comprobaron que la bóveda del enorme socavón estaba derrumbándose.

Toneladas de tierra y arena caían desde lo alto y cubrían materialmente la charca.

Fue Gustafsen quien reaccionó con mayor rapidez. Tomando de un brazo al policía, lo arrastró hacia la salida.

Tropezaron sobre la tierra blanda y cayeron. Ante ellos, veinte o treinta metros cúbicos de tierra formaron un enorme montón que tuvieron que contornear a duras penas.

Al fin, exhaustos ya y temblorosos, fueron rescatados por los bomberos.

Antes de perder el conocimiento, Palmer recordó el ataque de histeria sufrido por Tracy unas horas antes.

Y comprendió que el joven policía no había sufrido ninguna alucinación.

* * *

Chad abrió los ojos y… encontró otros luminosos y llenos de vida: los de Alice Steward.

— ¡Al fin! —gimió ella, anhelante. Y le tomó una mano y se la

acarició.

Palmer volvió poco a poco a la consciencia.

—Me dijeron que había sufrido un accidente y pedí al doctor Corbbet que me permitiera volver a verle —dijo ella.

—No ha sido nada —mintió Chad—. Estábamos realizando una inspección en las cloacas, cuando se produjo un movimiento de tierras. Otro hombre y yo estuvimos a punto de ser sepultados bajo toneladas de tierra.

— ¡Oh, Dios mío! Ha estado a punto de morir, teniente... —exclamó Alice, nerviosa. Chad parpadeó.

—Parece muy impresionada, chiquilla. ¿Tanto le intereso?

Alice desvió la mirada.

—No puedo mentir, teniente. Me he hecho ilusiones respecto a usted. Después de nuestra última conversación, noté que era capaz de vencer a la desesperación que me agobiaba. Sé que no está bien que una mujer pronuncie estas palabras, pero...

Palmer oprimió su mano con dulzura.

—No sé lo que está bien, ni lo que está mal, Alice. Sólo estoy seguro de una cosa: de que también yo he estado haciéndome ilusiones respecto a usted —confesó Palmer con asombrosa audacia.

Unas lágrimas brillaron en los lindos ojos de Alice.

— ¡Teniente! ¿No será compasión lo que siente hacia mí? —preguntó, con evidente ansiedad.

Palmer se incorporó sobre el lecho.

— ¡No me llames «teniente»! —ordenó con su acostumbrado autoritarismo—. Llámame Chad. En cuanto a la compasión... ¿crees que un tipo como yo puede unirse a una mujer por compasión?

Una leve y emocionada sonrisa resplandeció en las juveniles facciones de la joven.

—Chad, me falta un brazo —dijo, tratando de ser ecuánime.

—Y a mí me falta una mujer como tú —respondió él. Y volvió a

su acostumbrada timidez—. Créeme, tú puedes ser un regalo para mí, Alice.

Ella se estremeció.

—Me da miedo todo esto, Chad. Me aterra imaginar que puedo cerrar los ojos y cuando torne a abrirlos, tú hayas desaparecido. Temo que todo haya sido un sueño.

Palmer comenzó a encorajinarse.

—Yo soy de carne y hueso y no poseo la virtud de esfumarme en el aire —afirmó, ceñudo—. Yo te quiero, Alice. He soñado contigo desde que te conocí. Te necesito y creo… que también tú me necesitas a mí. ¿Por qué dudar, entonces?

—No sé, Chad. Quizá nuestra unión pudiera resultar desgraciada. Sé que el virus que devoró mi brazo es de naturaleza desconocida. Lo he ido averiguando todo paso a paso, a pesar del silencio de los médicos, pues no en balde yo también he estudiado Medicina y estaba a punto de licenciarme…

— ¿Y qué? —la interrumpió Palmer, brusco.

—Pudieran surgir complicaciones. Nada es seguro… todavía. Me atormentaría pensar que podría transmitir ese terrible virus al hombre que me ha devuelto las ansias de vivir. Al hombre al que… amo apasionadamente.

Palmer se atragantó.

Y luego dijo:

— ¿Puedes aproximarte?

Alice se acercó al lecho.

Chad la tomó bruscamente y la apretó contra su pecho, la acarició y la besó como si le fuera la vida en ello.

Fue como el reventar del cráter de un volcán, como el fulgurante desbordamiento de las aguas contenidas en una enorme presa, como el estallido de una deflagración nuclear…

Alice correspondía locamente a sus caricias y los dos parecían unirse en aquel frenesí apasionado que les impulsaba a pronunciar fogosas palabras de amor y convertía a ambos en el eje de la Creación.

Luego alguien llamó a la puerta y Alice se separó de Palmer sin prisas.

Frank Corbbet penetró en la estancia, les dirigió una inquisitiva mirada y… comprendió.

—Bueno, parece que el teniente Palmer está fuera de peligro —comentó, jovial.

— ¿Qué me ocurrió, Frank? —preguntó el policía.

—Nada importante —respondió el médico, tras mirar fugazmente a la azorada miss Steward—. El cansancio y la tensión produjeron tu desvanecimiento. Puedes estar tranquilo: no padeces ninguna afección cardíaca ni sufriste lesiones en el derrumbamiento. Por otra parte, las cuarenta horas de descanso te han servido para recuperarte perfectamente.

Palmer se incorporó de un brinco en el lecho.

— ¡Cuarenta horas! —gritó—. ¿Quién ha sido el insensato que me ha mantenido aquí durante tanto tiempo?

—Yo —sonrió Corbbet. Y añadió—: Puedes creerme, Chad. El mundo no se hundirá porque tú hayas permanecido en el hospital dos días.

Palmer iba a contestar ya algo, con su acostumbrado tono gruñón, cuando penetró una enfermera en la habitación. Llevaba un teléfono en la mano, que dejó sobre la mesilla y enchufó en el muro.

—Hay una llamada para usted, teniente —anunció.

Palmer descolgó el auricular e inmediatamente escuchó la voz del capitán Quincy.

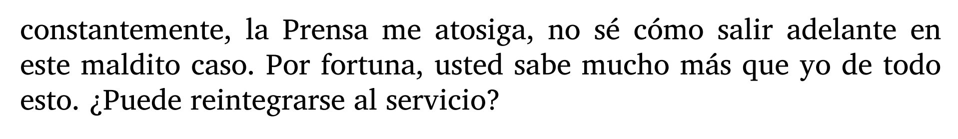
— ¿Es usted Palmer?

—El Gran Inquisidor —gruñó Chad.

— ¿Cómo dice?

—Soy Palmer, capitán. ¿De qué se trata?

—Chad, le necesito cuanto antes en comisaría. Créame, estoy al borde de la locura —la voz de Quincy, desde luego, sonaba muy excitada—. Hay novedades. El gobernador se me echa encima


constantemente, la Prensa me atosiga, no sé cómo salir adelante en este maldito caso. Por fortuna, usted sabe mucho más que yo de todo esto. ¿Puede reintegrarse al servicio?

— ¿Ahora mismo?

—Sí. Se lo ruego.

—Está bien. El doctor Corbbet está aquí y asegura que estoy bien ya. Iré a comisaría dentro de unos minutos. ¿A qué novedades se refería?

—Anoche, uno de esos… «monstruos» atacó a un camionero al norte de Bound Village. El camión se estrelló contra el pretil de un paso elevado y su conductor murió. Pero también tenemos al… «monstruo».

— ¿Vivo? —los nudillos de Palmer blanquearon sobre el auricular, come muestra de su intenso interés.

—Muerto, destrozado. El cadáver de esa «cosa» está en una sala especial de la Morgue, custodiado por diez agentes de policía. No diga nada a nadie de esto. Sólo estamos al corriente del asunto el gobernador, el fiscal del distrito, el juez, los médicos que están realizando la autopsia y, ahora, usted. No tarde, Chad, se lo ruego.

—Estaré ahí en seguida —prometió Palmer.

— ¿Qué ocurre, Chad? —preguntó Alice, inquieta—. ¡Estás tan pálido!

—Nada importante, pero debo marchar a comisaría ahora. Volveré a verte en cuanto me sea posible —respondió.

La besó fugazmente.

Alice dudó un instante, pero finalmente abandonó la habitación, seguida del doctor Corbbet.

A las once quince de la mañana, Palmer se entrevistaba en comisaría con el capitán Quincy, cuyo aspecto general de fatiga, delataba a las claras su estado de ánimo.

— ¿Ha visto usted al… «monstruo»? —preguntó el teniente.

—No. Ordené que el cadáver fuera llevado con el mayor sigilo a la Morgue, pues el gobernador teme, con razón, que se desate el

pánico entre los ciudadanos. Yo no tuve fuerza de ánimo, lo confieso, para contemplar esa «cosa». Pero me han dicho que es algo… repugnante.

— ¿Obtuvo la declaración de Jeff Gustafsen?

—Sí. En principio, yo me negaba a creerle, pero tras la crisis de Tracy y tener conocimiento de que usted mismo había sufrido un desvanecimiento, no tuve más remedio que creerle. Escuche, Chad, todo esto es horrible. ¿Puede usted explicármelo de algún modo?

Chad denegó con la cabeza. ¿Cómo podría explicar lo inexplicable?

Sólo una idea rondaba su mente: acababa de recordar la fantástica hipótesis de Guss Mannery, reportero del periódico *Atlanta Star*.

Mannery aventuraba que el enorme aerolito, de tres millones de toneladas, caído en la laguna superior del río Chattahoocchee podía haber servido de vehículo a seres extraterrestres.

Para llegar a tan disparatada conclusión, el periodista se basaba en que la masa del aerolito se había agrietado. Un detector de metales electrónico había señalado la presencia de un enorme cuerpo metálico en el interior del gran pedrusco sideral.

¿Podía haber algo de verdad en aquel exagerado relato?

Palmer no estaba seguro de nada a aquellas alturas. De modo que estaba dispuesto a realizar una visita a la laguna del Chattahoocchee en cuanto tuviera tiempo.

Lo primero que hizo fue trasladarse a la Morgue.

El edificio estaba fuertemente vigilado. Varios coches de la policía y unos treinta agentes rodeaban el edificio aislado.

Se identificó a la entrada y fue invitado a entrar. Un empleado le guió hasta una plataforma elevada a semejanza de los observatorios de los quirófanos, desde los cuales puede seguirse el curso de una operación sin penetrar en la estancia donde se realiza la operación quirúrgica.

La mesa del quirófano aparecía rodeada de varios doctores. Palmer reconoció a uno de ellos: era el profesor Dave Blithman,

catedrático de Anatomía de la Universidad de Atlanta.

Habían tenido que habilitar una mesa especial para contener el larguísimo cuerpo del «monstruo».

Contemplando aquella piel gris-verdosa, la enorme cabeza aplastada y los brazos terminados en zarpas, Palmer comenzó a sentirse mal.

Por fortuna, tenía el estómago vacío. De todas formas, Palmer abandonó pronto el observatorio y se dispuso a esperar el final de la operación sobre el cadáver.

Media hora después, el profesor Blithman —tras una complicada labor de esterilización— se reunía con el teniente.

— ¿Qué puede decirme, profesor? —preguntó Palmer, ávido.

Los ojos grises del científico relucieron.

— ¡Es extraordinario, increíble! Esa criatura puede ser considerada como un espécimen rarísimo. Su constitución orgánica es tan compleja que desborda todos mis conocimientos de Anatomía y supera mi capacidad de sorpresa, teniente. ¡Fascinante en verdad!

— ¿Es un animal? —quiso concretar el policía.

—Su constitución es humanoide, sin embargo se trata de una criatura anfibia, que puede respirar oxígeno en estado gaseoso y también a través del agua, mediante unas pequeñas branquias situadas bajo la mandíbula inferior. ¡Es un animal de sangre fría, ovíparo!

—Animal, entonces —decidió Palmer.

— ¡No, no, no! No he dicho tal cosa. Hemos vaciado su cráneo y comprobado su enorme capacidad cerebral, propia de los seres inteligentes. Por otra parte, teniente, debe reflexionar en el hecho de que esa criatura demostró inteligencia suficiente como para disfrazarse con ropas humanas, halladas quién sabe donde... Estoy seguro de que se trata de un ser inteligente —declaro Blithman con gran aplomo.

—Pero ¡eso es absurdo! En nuestro planeta no existen seres como ése, profesor.

Blithman le miró fijamente a través de sus ojillos sagaces.

—*Yo no he dicho que nuestra criatura fuese de origen terrestre.* Si hemos llegado a una conclusión, ésta es precisamente de que se trata de un ser extraterrestre —pronunció con voz grave y lenta.

Palmer se atragantó.

—Pero eso supondría que nuestro planeta puede estar invadido por esa raza de peligrosos monstruos —exclamó, demudado.

—No lo sé —respondió Blithman—. Como acabo de declarar, de lo único que estamos seguros es que los esquemas orgánicos de esa criatura no corresponden a los de las criaturas de nuestro planeta. Ni siquiera guarda semejanza con los monstruosos seres prehistóricos.

Blithman se despidió de Palmer, pues debía presentar personalmente su informe al gobernador del estado.

Palmer, tras mordisquear sin apetito un bocadillo y beber una cerveza en un bar, tomó su coche y se trasladó a Cortland Street.

Tuvo que identificarse ante los numerosos controles establecidos por la policía. Además, la zona había sido coordenada por fuerzas del ejército, dotadas de poderoso armamento e incluso carros de combate.

Palmer llegó hasta el área de las excavaciones del aparcamiento subterráneo.

Centenares de obreros y máquinas trabajaban a fuerte ritmo en la tarea de elevar miles de metros cúbicos de la tierra que había ido desprendiéndose en continuos derrumbamientos.

La gran depresión de unos cien metros de longitud por otros tantos de ancho, tema ya una profundidad de treinta metros.

En la cabina de una mastodóntica máquina excavadora se encontraba el capataz, Jeff Gustafsen.

Palmer tuvo que ascender por una escala metálica de unos veinte metros de longitud para reunirse con él.

Cambiaron un saludo. Luego Palmer preguntó:

— ¿Qué es lo que están haciendo?

—El Gobierno ha ordenado desescombrar toda esta zona, hasta el nivel de las cloacas. Quieren recuperar el esqueleto que usted vio y también los... huevos. Créame, teniente, siento una repugnancia y un

miedo infinitos. No soy un tipo pusilánime, pero cada vez que recuerdo lo que vimos allá abajo…

Palmer apenas pudo disimular un estremecimiento.

—De buena gana hubiera pedido mis vacaciones, tomado un avión hasta California, sin detenerme hasta algún lugar soleado y tranquilo donde poder emborracharme tranquilamente, sin volver a recordar lo que vi. Por desgracia, estoy obligado a seguir aquí, a guardar silencio y a dirigir estos trabajos.

— ¿Qué es aquello? —pregunto Palmer, señalando el gran receptáculo metálico situado sobre un camión pesado.

—Una cámara de esterilización —respondió el capataz—. Todos los que trabajamos aquí debemos esterilizarnos cada media hora. Los obreros, aunque no saben nada, sospechan que su trabajo es peligroso y se sienten inquietos y desorientados. El Gobierno ha tomado toda clase de precauciones, según habrá visto.

—Sí. Todo un regimiento vigila esta área.

—No es todo. La tierra que sacamos de ahí, es cargada en camiones cerrados y transportada a un lugar donde será regada con desinfectantes y quemada posteriormente —le informó Gustafsen, preocupado.

Se trabajaba a ritmo rápido, según pudo advertir el teniente.

Desde la cabina de la máquina, Gustafsen dirigía los trabajos por radio, guiándose por un plano.

Palmer fumó, nervioso, un cigarrillo tras otro.

A las doce treinta del mediodía, Gustafsen anunció que habían llegado al nivel de las cloacas.

En efecto, pocos minutos después las máquinas *bulldozers* que operaban abajo comenzaron a descubrir el alargado túnel de hormigón. Incluso podía verse la gran abertura rota por la que Palmer penetrara en el socavón la madrugada anterior.

—Voy a bajar —anunció Gustafsen—. A partir de ahora, serán los hombres y no las máquinas, quienes prosigan la excavación.

—Le acompaño —dijo Palmer.

—Como quiera, pero, si baja, tendrá que pasar por la cámara de esterilización posteriormente —le previno el capataz.

—Qué remedio —gruñó Chad, encogiéndose de hombros.

Descendieron de la máquina y bajaron hasta el fondo de la excavación a través de una rampa.

Gustafsen dio unas órdenes y dos brigadas de trabajadores empuñaron los picos y palas y cavaron en el lugar señalado por su capataz.

Entre la tierra húmeda, a veces convertida en barrizal, aparecieron algunos huesos que fueron inmediatamente recogidos y guardados en un arcón metálico.

Los obreros sacaron a la luz posteriormente fragmentos de gruesos cascarones, hasta que Gustafsen detuvo los trabajos.

—No hay un solo huevo entero, teniente —dijo el hombretón, sombrío—. ¿Qué cree que ha podido ocurrir desde anoche?

Palmer pronunció una maldición entre dientes.

— ¿Cómo puedo saberlo? Al parecer, no hay huellas de esos... «bichos». Supongo que el calor tenue que se siente aquí abajo... incubó los huevos y que esas criaturas consiguieron llegar hasta las aguas de la cloaca —confesó, vacilante.

—Esa es mi opinión también. Fíjese, los cascarones no están aplastados, sino fragmentados, como el... de la otra noche —observó Gustafsen, muy inquieto.

Palmer asintió con el gesto.

¿Cuántos nidos de monstruos como aquél existirían en el dédalo de cloacas de la ciudad?

Gustafsen ordenó a sus obreros que guardasen los fragmentos calcáreos en el arcón metálico, mientras otra brigada de trabajadores se disponía a reparar la rotura de la cloaca.

Palmer encendió un nuevo cigarrillo, pero apenas le hubo dado una chupada, lo arrojó al suelo y yo pisoteó, lleno de repugnancia.

CAPÍTULO XI

En la madrugada del día dieciocho de diciembre, la ciudad de Atlanta se vio asaltada por una horda de monstruos hambrientos.

Aunque la policía había movilizado a todos sus efectivos y la Guardia Nacional patrullaba las calles, hacia las dos de la madrugada el ejército fue movilizado.

La primera alarma se recibió a la una treinta en comisaría.

Un aterrado padre de familia envió su desesperado mensaje por teléfono:

— ¡Por favor, vengan inmediatamente! ¡Cinco horribles criaturas han invadido nuestro jardín y están tratando de penetrar en nuestra casa!

—Deme su nombre y dirección —exigió Palmer, que atendía la llamada.

—Norman Gray, mil doscientos de Techwood Drive. ¡Por amor de Dios, vengan en seguida! ¡Tengo conmigo a mi esposa y a tres niños de corta edad!

—Iremos en seguida. ¿Tiene un arma, señor Gray?

—Sí. Un revólver. Pero ¡estoy tan nervioso que no logro encontrarlo! —gimió Gray.

— ¡Búsquelo! ¡Y dispare sin remordimientos contra cualquiera

que trate de penetrar en su casa sin identificarse! —indicó el teniente.

Colgó el teléfono e inmediatamente ordenó al operador de radio que enviase a los auto-patrullas más próximos a Techwood, mil doscientos.

Palmer ordenó al retén de agentes en comisaría que tomasen todos metralletas y un potente «Buick» partió inmediatamente hacia Techwood Drive.

Palmer fue el primero en descender frente a un bonito *bungalow* residencial rodeado de amplio jardín.

Tres coches patrulleros rodeaban ya la casa.

Un sargento-detective llamado Wayne salió a recibir a Palmer.

— ¡Es horrible, teniente! Hemos encontrado los cadáveres de una mujer joven y tres niños pequeños absolutamente destrozados, como si las fieras se hubiesen ensañado en ellos. También tenemos el cadáver de míster Gray. Su cuerpo no presenta señales de violencia, pero todavía tiene en la mano derecha el revólver con el que debió dispararse un tiro en la cabeza. Probablemente no pudo resistir la visión de los cuerpos destrozados de los niños y… se suicidó —informó Wayne con voz agitada por el pánico.

Palmer rechinó los dientes. Gray había encontrado tarde un revólver.

— ¡Dios mío! —murmuró—. ¿Será posible tanto horror?

Trató de superar su impresión, de imponerse al pánico que él mismo sentía como algo sólido a su alrededor.

— ¿Han registrado el edificio, el jardín…? —preguntó.

—De arriba abajo. No hemos encontrado a nadie, a excepción de la familia Gray —respondió Wayne.

Uno de los policías que habían venido en el coche-patrulla de Palmer llegó a la carrera.

—Hay una llamada urgente para usted desde la central, teniente —anunció.

Chad corrió hasta el coche.

—Palmer al habla —pronunció.

—Acabamos de recibir una alarma desde una ciudad para ancianos en Piedmont Avenue. El administrador, un tal Edgecombe, asegura que unos desconocidos han logrado destrozar una de las puertas y han forzado los congeladores que almacenan las reservas de alimentos de la residencia. Un vigilante ha sido asesinado. Según Edgecombe, los intrusos se encuentran en la cámara frigorífica. El hombre parece aterrado, pues apenas podía articular las palabras.

Palmer juró con voz contenida.

—Vamos para allá —respondió a Vanee. Y cortó la comunicación.

A las dos quince de la madrugada, Palmer y sus policías llegaban a la residencia de ancianos de Piedmont.

Ciento veinte ancianos de ambos sexos estaban siendo evacuados por miembros de la Guardia Nacional.

Edgecombe, un hombre delgado y calvo, estaba siendo asistido por un sanitario, tras sufrir un tremendo ataque de nervios.

Palmer dio unas someras instrucciones a sus hombres, que se distribuyeron rápidamente a través de los pasillos del vacío edificio de dos plantas.

Todas las estancias fueron registradas minuciosamente en progresión hacia la cámara frigorífica, situada en el sótano.

Ya alcanzaban un recodo en el largo pasillo, cuando oyeron aquellos gruñidos que helaban la sangre en las venas.

Palmer se detuvo, impresionado.

Detrás de él, seis agentes aferraban las culatas de sus metralletas como si la vida les fuese en ello.

También Palmer apretaba con fuerza su metralleta, indeciso.

Finalmente elevó un brazo y avanzó, paso a paso.

Sólo Chad podía saber con certeza el esfuerzo que tuvo que hacer para no arrojar el arma y salir corriendo con toda la fuerza de sus piernas.

Finalmente, dobló el recodo y vio la puerta de la cámara frigorífica. Estaba abierta y a través del vano brotaban oleadas de vapor acuoso.

Horrendos chillidos y gruñidos se oían en el interior.

Palmer dio un salto y se plantó en la puerta.

Desde allí pudo ver a seis oscuras siluetas que se agitaban en el fondo y devoraban, sin cesar de gruñir, enormes piezas de carne congelada.

Disparo una ráfaga, perdidos los nervios. Pero los disparos brotaron demasiado altos, sin hacer blanco.

Uno de los monstruos le miró a través de sus amarillentos y enormes ojos fosforescentes *y* avanzó grotescamente hacia la puerta.

Palmer quedó paralizado de horror.,

Y de repente, cuando ya la horrenda criatura se aproximaba, tuvo una inspiración y cerró la puerta de un golpe.

Al otro lado resonaron zarpazos y silbidos sordos. Los golpes conmovían la puerta, pero la hoja era de metal, ancha y sólida, y resistía bien los salvajes embates.

Entonces Palmer hizo girar el dial regulador de la temperatura interior de la cámara y lo puso al máximo: treinta grados bajo cero.

—Creo que es la mejor solución —jadeó, cuando sus hombres llegaron junto a él—. Están ahí dentro… Son… son seis, pero dentro de dos horas sus cuerpos estarán congelados. Entonces será posible penetrar ahí sin ningún riesgo.

Dejó a tres hombres de guardia y salió al exterior. El «testigo» de la radio destellaba en el panel de instrumentos.

Recogió una nueva llamada urgente de Vanee, en la central de comisaría: Golan, Lom y Ford, que componían la unidad 19, acababan de abatir a balazos a dos monstruos en las inmediaciones del matadero municipal de Halldoor.

Cuando Palmer llegó a Halldoor, una unidad móvil de televisión estaba tomando vistas de los dos cuerpos monstruosos que yacían sobre los adoquines del muelle de carga del matadero y un atildado

locutor explicaba, muy nervioso, cuanto acababa de suceder.

Palmer palideció. Era consciente de que si aquellas imágenes saltaban a las pantallas de televisión, nadie podría evitar el caos, el desconcierto y el pánico desbordado.

De un salto subió a la plataforma de la camioneta y de un violento empellón lanzó al suelo la pesada cámara.

Luego se enfrentó al locutor, le miró iracundo y le golpeó en la mandíbula.

— ¡Estúpido! —gritó, dominado por la rabia.

Ordenó a tres miembros de la Guardia Nacional que intervinieran la camioneta y detuvieran al locutor de televisión, pero todo aquello era inútil ya.

El reportaje había sido emitido en directo y las horribles imágenes de los monstruos habían conmovido y aterrado a centenares de miles de ciudadanos, que inmediatamente se dispusieron a tomar sus automóviles y a abandonar Atlanta en una loca y desordenada huida.

Entretanto, Chad Palmer, después de contemplar fugazmente los cadáveres de las monstruosas criaturas, se reunía con los hombres de la unidad móvil 19.

— ¿Cómo ocurrió? —quiso saber.

—Estábamos de vigilancia ante esta manzana, cuando Lom señaló el muro que rodea el matadero. ¡Una verdadera manada de esos bichos descendía de esa pared de cinco metros como si fueran lagartijas!

Según Golan, eran más de veinte de aquellas criaturas las que descendían desmañadamente del borde superior de la cerca

—La sorpresa y el miedo nos impidieron reaccionar con la rapidez deseada. Finalmente salimos del coche y disparamos contra ellos. Estoy seguro de que herimos a varios, pero la mayoría logró escapar... a través de las alcantarillas. Créame, teniente, los tres estábamos tan nerviosos, que ni siquiera tuvimos fuerzas para rechazar a los de la unidad móvil de Televisión, que se presentó en seguida. Posiblemente, los de la camioneta vagaban por ahí con la esperanza de captar algún reportaje sensacional. ¡Y de todas formas,

creo que se han salido con las suyas...! —explicó el jadeante Golan, que presentaba unas facciones pálidas y demacradas que daba pena.

Palmer dejó escapar en un susurro silbante el aire contenido a presión en sus pulmones.

—Está bien. Vamos a reunir a los miembros de la Guardia Nacional y a registrar el matadero desde los sótanos hasta los tejados. Abran bien los ojos y disparen a matar en cuanto adviertan el menor bulto sospechoso —dictó.

Llamaron, inútilmente, a las puertas de la cancela de gruesos barrotes del matadero.

—Es raro —murmuró Lom, inquieto—. Según hemos sabido, el edificio permanece durante la noche bajo la vigilancia de dos guardias armados.

Palmer ordenó disparar contra la cerradura que aseguraba el grueso cerrojo y luego una veintena de hombres penetraron en las instalaciones.

Había luz en una cabina acristalada situada junto a las cámaras de congelación.

De bruces sobre una mesa, había un hombre.

Palmer, que se había enfundado unos guantes, le tomó por un hombro y le apoyó sobre el respaldo de la silla.

Una exclamación de horror colectiva brotó de las gargantas de los policías al contemplar aquel rostro salvajemente destrozado a zarpazos.

—Está muerto, no cabe duda —dijo Palmer—. Sigamos con el registro.

Avanzaron a través de las enormes naves del matadero. En un pasillo contiguo, Dick Lom descubrió un reguero de manchas de sangre.

— ¿Sangre? —gruñó Palmer—. Eso es normal en un matadero.

—Pero *es sangre fresca, casi tibia,* teniente —insistió el detective.

Siguieron el rastro, que les condujo hasta la gran pila de agua hirviendo donde normalmente eran escaldados los cerdos.

Flotando sobre el agua sucia se mecía el cadáver de un hombre...

Dos miembros de la Guardia Nacional lo sacaron del agua y lo dejaron boca arriba sobre el suelo de cemento.

El cuello de aquel hombre había sido cercenado de forma horripilante. No era un corte limpio, de arma blanca, sino desgarrado, como... si uno de aquellos monstruos le hubiese destrozado la garganta de una dentellada.

El miedo, la angustia, se tornaban más y más sólidos, acelerando las respiraciones de los hombres que llevaban a cabo el registro, poniendo una expresión huidiza y desconfiada en sus rostros.

Sin embargo, no existía ya el menor peligro, al menos dentro del matadero. Media hora después comprobaban que no existía nadie más en las dependencias.

Los intrusos habían penetrado en las cámaras frigoríficas y habían arrastrado por los pasillos cuatro canales de vacuno que aparecían parcialmente devorados a enormes dentelladas.

—Se diría que esos «bichos» sienten una especial predilección por la carne congelada —pensó Palmer, sin el menor sentido del humor.

Salieron a los muelles de carga. Un furgón de la policía aguardaba ya dispuesto a cargar los cadáveres de los dos monstruos.

Palmer pidió por radio una ambulancia y rogó a los miembros de la Guardia Nacional que aguardasen allí hasta que los cadáveres de los vigilantes del matadero fuesen recogidos.

Tras lo cual, volvió a comisaría.

No fue fácil atravesar las calles de la ciudad: el efecto del imprudente reportaje emitido, en directo por Televisión no había tardado en hacer su efecto y ahora miles de personas huían de la ciudad en automóviles, autocares, furgonetas, camiones, *roulottes,* motocicletas y cualquier otro medio de locomoción que pudieran trasladarles lejos del horror.

—Son como ratas —gruñó Chad, despectivo.

Pero ¿puede pedírseles a las gentes que se comporten razonablemente cuando el pánico nubla sus mentes?

En el cruce de Hunter Street con la calle Spring, las turbas, excitadas, habían linchado a un joven de color, confundiéndole con uno de los monstruos que habían visto poco antes en la televisión.

Harold Jackson era *pivot* del equipo de baloncesto de los «Giants-Ones» y medía dos metros y veintiséis centímetros.

Jackson solía entrenarse de madrugada en el parque próximo al cruce. Cuando fue apaleado por la multitud vestía un maillot de cuerpo entero, de color gris-verdoso…

Ahora ya no había remedio. El cadáver del muchacho yacía sobre la calzada y los veloces automóviles rodaban junto a él sin concederle la menor atención.

Palmer esbozó un gesto de amargura y encendió la radio para pedir una ambulancia.

Hacia las tres de la madrugada, Atlanta se había convertido en una ciudad de locos. Centenares de miles de automóviles rodaban por sus calles y avenidas en carrera suicida y formaban tremendos embotellamientos que incluso llegaron a degenerar en batallas campales, después de que los impacientes conductores llegaban a perder el control de sus nervios.

Era inútil que Douglas McFarlane, el gobernador, se dirigiera en persona a la población a través de la Televisión.

McFarlane aconsejaba a sus ciudadanos que conservasen la calma, se encerrasen en sus casas y permaneciesen allí a la espera de instrucciones.

—Es preciso que despejen las vías públicas y que permitan las operaciones de la policía y el ejército —repetía, incansable, el gobernador.

Pero la gente apagaba los televisores y se arrojaba a la calle, con la obsesión de alejarse del horror.

A través de la radio, en su trayecto a comisaría, Palmer se enteró de que unidades del ejército habían derribado a docenas de monstruos en un almacén de conservas cárnicas situado al suroeste de la ciudad.

La radio funcionaba constantemente, transmitiendo consignas y órdenes a las unidades policiales.

En las calles se producían constantemente aparatosos y mortales accidentes de tráfico, a consecuencia de la inobservancia de las señales de circulación de los aterrados conductores.

Por encima del fragor nocturno se elevaban, quejumbrosos, los continuos gemidos de las sirenas de las ambulancias y automóviles policiales, que en la mayoría de los casos se veían obligados a montar sobre las aceras o a cruzar los jardines para llegar a los puntos en que sus servicios eran solicitados con desesperada urgencia.

—Hasta el momento, son más de quinientas las víctimas de los accidentes de tráfico ocurridos a partir de las tres de la madrugada —informaba la central de policía.

Palmer sonrió amargamente.

El pánico, la huida descontrolada, estaba provocando más víctimas que los extraños monstruos brotados de las cloacas.

Una nueva llamada le obligó a alterar su trayectoria, para dirigirse hacia el Este.

— ¡Atención, teniente Palmer!

—Palmer, en la unidad 40 —respondió Chad.

—Debe dirigirse inmediatamente a la residencia del gobernador. Es urgente —le informaron.

—*O. K.* —respondió Palmer—. Me dirijo hacia allá. ¿Alguna novedad, Vanee?

A través de las ondas llegó la voz estertorosa del operador.

— ¿Es una broma, teniente? ¡Llevo seis horas recibiendo y transmitiendo centenares de llamadas urgentes y usted me pregunta si hay novedad...! —gruñó desabridamente su interlocutor.

Palmer barbotó algo entre dientes y torció el volante.

Por fortuna, la fuga de los habitantes de Atlanta se dirigía masivamente hacia el sur, lo que le permitió avanzar velozmente en sentido contrario hasta alcanzar la residencia de Douglas McFarlane.

El propio secretario del gobernador le aguardaba en la puerta.

—Acompáñeme, por favor, teniente. El señor McFarlane está

reunido con los jefes de Sanidad, del ejército, comisario de policía y otras autoridades —le informó.

Palmer sonrió, sin pizca de humor.

¿Qué podía representar un simple oficial de policía entre aquellos importantes personajes?

Guiado por el secretario, Palmer fue introducido en la sala. Douglas McFarlane le saludó y fue citando los nombres de las personalidades reunidas, entre las cuales se encontraban también el profesor Dave Blithman y el doctor Frank Corbbet.

—Siéntese, teniente. Le he hecho venir en razón de que las conclusiones a las que hemos llegado se basan, en gran parte, en los informes policiales que usted ha ido pidiendo al capitán Quincy. Usted conoce la situación bien y tal vez su opinión pueda sernos de gran utilidad en esta dramática y preocupante situación —declaró el gobernador.

—Estoy dispuesto a prestar la ayuda que sea, señor —dijo Palmer.

—Sabemos que las criaturas que han desatado el caos y el pánico en nuestra ciudad no proceden de este planeta. Según nuestras conclusiones, se trata de seres inteligentes, muy completos físicamente y peligrosísimos, según se ha podido establecer. No sabemos, por ahora, de dónde proceden, pero de acuerdo con el presidente de la nación, hemos decidido aniquilarlos.

— ¿Cómo? —preguntó Palmer, audaz.

—Se ha podido comprobar que las acciones de esos monstruos se producen siempre durante la noche. No es arriesgado suponer que la luz del día les ahuyenta y al amanecer vuelven a sus refugios de la red del alcantarillado urbano.

—Esos seres pueden nadar y respirar bajo el agua, gobernador —dijo el profesor Blithman—. Se imagina cuantas jornadas serían necesarias para registrar todas las cloacas y exterminar, uno por uno, a esos monstruos.

—Sí. Una operación de tal envergadura resultaría excesivamente lenta y arriesgada. Es preciso encontrar otra solución. ¿Alguno de ustedes tiene alguna idea al respecto? —indagó Douglas McFarlane.

—Creo que hay alguna solución —declaró Palmer. E inmediatamente la atención de todos quedó prendida en él.

—Expóngala, por favor —rogó el gobernador.

—Establecido que las criaturas regresan al amanecer a las cloacas y que, prácticamente, viven en el agua, podría verterse alguno de esos venenos activísimos de los que he oído hablar en alguna parte.

Los reunidos se consultaron entre sí con la mirada.

—Es una buena solución —aprobó el profesor Blithman—. Pero encierra peligros gravísimos. Por ejemplo, tenemos la botulina *(1)*. Con menos de un gramo de esta sustancia vertida en la conducción de agua potable de una ciudad puede acabar fácilmente con una población de cuatro millones de habitantes. Pero si arrojásemos botulina a las cloacas, las alcantarillas quedarían contaminadas, aparte de que las aguas residuales contaminarían el río y causarían Dios sabe cuántas víctimas, curso abajo, antes de que el tóxico se degradase.

—Insisto, sin embargo. El peligro de verter al Chattahoocchee agua contaminada puede contrarrestarse mediante una acción más intensa y controlada de la central depuradora de Richmond Way. Y también las cloacas serían susceptibles de ser tratadas con poderosos bactericidas —explicó Palmer.

—Eso parece más razonable. De hecho contamos con bactericidas muy eficaces contra las bacterias que producen la botulina. Creo que podría hacerse —afirmó Blithman—. ¿Qué piensa al respecto, doctor Gaynor? Usted es un eminente bacteriólogo.

—Creo que la proposición del teniente Palmer es la única solución viable para acabar con esas peligrosas criaturas —afirmó Gaynor, un hombrecillo canoso, de facciones sonrosadas, en quien Palmer no había reparado hasta entonces.

McFarlane propuso rápidamente la aprobación a las personas que componían el consejo de urgencia. Y el plan fue aprobado.

—Habrá que trabajar contra el tiempo, señores —terminó el gobernador—. Son ya las cinco de la mañana. A las seis dará comienzo la operación «Exterminio».

Terminada la sesión. Palmer abandonó la residencia del gobernador y se dirigió a gran velocidad al hospital.

Acababa de recordar a Alice Stewar. Y el recuerdo fue en seguida reemplazado por su sombrío augurio.

(1) Botullnas: Sustancias tóxicas producidas por bacterias en la carne de reses enfermas.

Si la ciudad entera parecía tomada al asalto por hordas de monstruos..., ¿qué impedía que algunos de ellos irrumpieran en el hospital y... llegasen hasta la habitación de Alice?

Ante este pensamiento, Palmer se estremeció de angustia. Llegó al hospital, se identificó a la entrada, rogó a una enfermera que le acompañara a la planta tercera y subió las escaleras a grandes saltos.

Abrió la puerta de la habitación 77 y vio a Alice, durmiendo apaciblemente, con un gesto sereno en su dulce rostro.

Palmer respiró profundamente, cerró la puerta y se dejó caer sobre un banco del pasillo.

El sueño y el cansancio le rendían. A pesar de lo cual, Chad se mantuvo de guardia ante la puerta de la habitación 77 hasta que la luz del nuevo día penetró por las ventanas.

CAPÍTULO XII

A las cuatro de la tarde, Palmer fue despertado por el insistente zumbido del teléfono.

Quien le llamaba era Douglas McFarlane en persona.

—La operación que usted sugirió ha sido un éxito absoluto, teniente —anunció el gobernador—. En el canal de la depuradora de Richmond Way fueron instaladas redes de acero que han recogido hasta la fecha... más de trescientos cadáveres de esos monstruos, que son recogidos de las aguas con todo género de precauciones e incinerados inmediatamente en un gran horno crematorio situado lejos de la ciudad...

Palmer dejó escapar un suspiro de alivio.

—Por otra parte, los servicios de la depuradora están analizando las aguas residuales después de ser tratadas con bactericidas y el resultado es óptimo: el caudal líquido vertido al río está absolutamente limpio de bacterias. En cuanto a las cloacas, serán esterilizadas pasadas unas horas —añadió McFarlane.

—Lo celebro, señor. Parece que pasó el peligro, ¿no? —comentó Chad, satisfecho.

—Fue la noche más larga de mi vida, teniente. Ojalá no tengamos que vivir otra vez una experiencia semejante...

—Así lo espero, señor. Creo que he adelgazado diez kilos a lo largo de los últimos días...

—Su ayuda fue decisiva, amigo mío. Y pienso proponerle para una recompensa —ofreció McFarlane.

—Gracias, señor.

—Cuídese, teniente. Nos veremos pronto.

Chad colgó el teléfono y se metió bajo la ducha tibia. Después de vestirse se asomó a la ventana. El día era gris y llovía intensamente, pero a él le pareció el día más bello de su vida.

Sin embargo, algo martilleaba continuamente su mente, intranquilizándole.

Y finalmente se decidió a salir de dudas.

Marcó el número de teléfono del *Atlanta Star y* esperó.

— ¿Guss Mannery? —habló, al fin—. Soy Chad Palmer, de la policía. Pienso hacer una excursión a la laguna Hacheewai, a unos cien kilómetros de Atlanta, río arriba. ¿Le gustaría acompañarme?

— ¿Qué se le ha perdido en Hacheewai, teniente?

—Se lo diré por el camino, si accede.

— ¿Ahora mismo?

—Sí.

—Recójame en la redacción del *Star*. Le acompaño. —Perfectamente. Estaré ahí en unos minutos —afirmó Palmer.

Eran casi las cinco de la tarde cuando dieron vista a la gran laguna Hacheewai. En el centro, la masa blanquecina del aerolito destacaba como una isla, que se elevaba sesenta metros por encima de la superficie.

Palmer condujo su automóvil hasta la orilla. El hombre que aguardaba junto al pequeño embarcadero se aproximó a ellos en cuanto se detuvo el automóvil.

—Hice que trajeran a Hacheewai una lancha neumática de la policía —informó Palmer al periodista—. Y ahora, dígame, Mannery: ¿en qué basó su idea de que los monstruos llegaron en el interior de ese aerolito, desde el espacio exterior?

—Siempre me he sentido obsesionado por esa masa enorme que llegó del espacio. Un día vine aquí, también al atardecer. Me hice trasladar hasta el aerolito y estuve descansando sobre él. De repente me pareció advertir que la roca entera vibraba. Puse mí oído en contacto con la piedra: efectivamente podía escucharse una vibración interior que fue en aumento hasta hacerse perceptible al tacto. Un amigo mío, geólogo, se prestó a venir aquí y realizar una prueba con su carísimo detector electrónico de metales. Y la conclusión ya la sabe: según mi amigo, en el corazón de esa enorme roca se encuentra una masa metálica de gran volumen, luego, poco antes de que Alice Steward fuera atacada por una de esas horribles criaturas, volví aquí y advertí que se había abierto una gran grieta en un costado. Mírela: a más de dos kilómetros de distancia la grieta es claramente visible —explicó el periodista.

—Está bien. Yo también siento una enorme curiosidad por ese gran pedrusco. Vamos allá —respondió Palmer.

Saludaron al hombre que había quedado vigilando la balsa neumática y alcanzaron el embarcadero. El mecánico puso en marcha el motor fuera-borda de la lancha y sujetó la embarcación mientras Palmer y Mannery subían.

El teniente manejó el motor, aceleró y la lancha se separó de tierra.

Seis minutos después ponían pie sobre el aerolito. Palmer, auxiliado por el reportero, sacó la balsa del agua y abrió el maletín que había traído consigo. Dentro, Mannery pudo ver dos potentes linternas, una metralleta de culata plegable y un sensor fónico.

Mannery, que palpaba el suelo, exclamó muy excitado:

— ¡Ya vibra, teniente! ¡Compruébelo por sí mismo!

Era cierto. La roca vibraba locamente. Para tratar de captar algún sonido, Palmer aplicó los palpadores al suelo y se colocó un auricular en la cabeza.

— ¿Oye algo? —preguntó Mannery, impaciente.

— ¡Sí...! Es como... un rumor monocorde que recuerda el sonido de un motor eléctrico. Pero ¡espere! Hay algo más: unos extraños silbidos intermitentes, de distinta duración, alternativos... Sé que se sorprenderá, Mannery, pero lo que oigo es algo semejante a... una comunicación —respondió.

Se quitó el auricular y lo entregó al reportero, que escuchó ávidamente durante unos segundos.

—Es muy extraño, sí. ¿Quiere que inspeccionemos esa grieta? —preguntó, valeroso.

Por toda respuesta, Palmer le entregó una linterna, tomó la metralleta e introdujo un largo cargador en el arma.

—Guíeme —dijo.

Descendieron con cuidado, contorneando la lisa roca. A pesar de que la luz diurna disminuía rápidamente, la masa del aerolito parecía envuelta en una tenue fosforescencia rosada.

Mannery le precedió hasta la entrada de la grieta. Allí Palmer dirigió la marcha a través de aquel pasadizo de poco más de un metro

de anchura que se dirigía a las profundidades describiendo una curva cada vez más pronunciada y aguda.

—Hace calor —murmuró Mannery a espaldas del policía.

Era cierto. A medida que descendían, la temperatura se tornaba tórrida, asfixiante, hasta provocar en ambos una copiosa exudación.

—Teniente, creo que debemos volver —murmuró Mannery—, tembloroso—. Algo me dice que estamos corriendo un grave peligro de muerte.

Pero Palmer no parecía muy decidido a volver. Por el contrario siguió descendiendo a través de la estrecha galería, cuya pendiente se iba tornando más aguada a medida que bajaban.

Luego, de repente, su camino se vio obstaculizado. La galería desembocaba en una especie de caverna, más amplia, de cuyo fondo emergía una gran semiesfera azulada, que emitía un brillo metálico fulgurante.

Y entonces, silenciosamente, una sección circular se abrió en la superficie esférica. Dentro, la luz rosada era más intensa y fosforescente.

—Adelante —invitó una voz profunda que levantó extraños ecos en la galería rocosa.

La puerta permitía cómodamente el paso de una persona mucho más alta que Palmer o Mannery. El policía dio unos pasos hacia adelante y Mannery gritó en un alarido horripilante:

— ¡No, deténgase, no entre!

Pero Palmer apretó la metralleta entre sus manos y entró. Mannery le siguió como un autómata.

Dentro de la gran esfera metálica, se detuvieron, paralizados.

Allí, en mitad de extraños aparatos transparentes de exótica apariencia, vieron la repelente silueta cuya sola visión erizaba sus cabellos y helaba su sangre en las venas.

Era como uno de los monstruos que Palmer había visto en Atlanta. Sólo que era aún más grande y su abdomen, hinchado, tenía enormes dimensiones.

—Yo soy Fparah, la madre —resonó la voz potente. Pero las fauces del monstruo no se habían movido.

— ¿Cómo... cómo puedes hablar? —balbució Palmer, con los ojos desorbitados.

—Mi cerebro envía las ideas a un ordenador que las convierte en sonidos, en palabras. ¿Os asombráis? Ya os dije que yo soy Fparah, la madre, y domino el saber. Sé que tú, Palmer, has asesinado a mis pobres hijos —se oyó la voz, metálica e impersonal.

Sólo entonces pudo advertir Palmer que aquel monstruo llamado Fparah estaba apoyado sobre un receptáculo transparente en el cual, de cuando en cuando caía un huevo de grandes proporciones.

—Yo, Fparah, fui enviada a la Tierra, con la orden de multiplicar nuestra raza sobre este magnífico planeta acuático. Nosotros podemos reproducirnos rápidamente, pues estos huevos se incuban por sí solos con apenas unos grados de temperatura. Pero tú, Palmer, declaraste la guerra a mi estirpe y por ello debo eliminarte, para borrar todo obstáculo a nuestra proliferación sobre la Tierra...

Mannery aferró a Palmer por una mano y gritó:

— ¡Dispare, teniente; mate a ese monstruo o jamás saldremos de aquí!

Pero el policía permaneció inmóvil.

Entonces Manery le arrebató la metralleta y oprimió el disparador hasta que el arma abrasó en sus manos.

La intensidad rosada se acentuó. La luz hería ya los ojos, cuando Mannery empujó a Palmer fuera de la esfera metálica.

—No sé... no sé que me pasó —murmuraba Chad—. Por unos instantes, sentí que me era arrebatada la voluntad.

— ¡Corra, por lo que más quiera! ¿No nota que esta piedra se conmueve, que la vibración va en aumento? —le apremió el reportero.

Decía la verdad. La entraña del aerolito se estremecía y en su masa comenzaban a aparecer enormes grietas. Los dos hombres salieron al aire libre, corrieren como locos hasta la orilla, botaron la lancha, pusieron el motor en marcha y se alejaron a toda velocidad, rumbo a Tierra.

Llegados al embarcadero, alcanzaron en una carrera el coche y partieron velozmente.

Detrás de ellos la fosforescencia rosada se intensificó hasta tornarse cegadora.

Al fin, unos kilómetros más allá se detuvieron y miraron hacia el lago.

— ¿Qué ocurrió? —exclamó Mannery, pasmado de asombro—. ¡El aerolito ha desaparecido!

Supongo que se ha desintegrado. No hay otra explicación —suspiró Chad.

Y por primera vez en su vida tuvo un detalle de verdadero humor:

¿No quería un reportaje sensacional? Pues ahí lo tiene. Sin embargo me temo que sus lectores le tachen de fantástico... ¿quién podría creer todo lo que acaba de ocurrimos...?

Como de común acuerdo, ambos prorrumpieron en una nerviosa carcajada.

* * *

Alice Steward abandonó el hospital el día veintitrés de diciembre.

Sonreía tímidamente cuando Chad Palmer se reunió con ella en la puerta.

— ¿Todo listo? —preguntó Chad, sonriente.

—Todo, amor mío —respondió ella. Y le besó en los labios.

Más allá, en el interior de un coche de la policía, estaban el agente Vanee y el obeso sargento Dobson.

—Albricias, sargento —comentó Vanee—. Parece que el teniente Palmer empieza a mostrarse humano.

Chad les vio y adivinó que estaban hablando de él. Llevando a Alice por un brazo, se acercó a ellos y dijo:

— ¿Qué tal una copa en amable compañía, Vanee, sargento?

— ¡De mil amores, teniente! —gorjeó Vanee, muy animado—. ¿Cuándo empieza sus vacaciones?

—Mañana mismo —de repente el rostro de Palmer se ensombreció—. Es decir, si Biggar puede hacerse cargo de mi despacho…

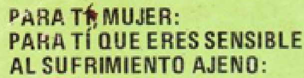
— ¡Sonría, teniente! —le animó Vanee—. Biggar ha vuelto. Es un oficial tardío, pero seguro. Le reemplazará.

Chad abrió la portezuela y esperó a que Alice se acomodara en el coche.

— ¿Vamos? —exclamó, dirigiéndose a Vanee y acariciando a Alice con los ojos.

— ¡Vamos! —respondió alegremente Vanee.

FIN



¡LORENA!

EL PRIMER SERIAL ESCRITO POR
TU AUTORA PREFERIDA,

Corin Tellado,

QUE CONMOVERÁ LAS FIBRAS MÁS
SENSIBLES DE TU SER.

¡LORENA!

SIGUE SUS VICISITUDES A TRAVÉS DE
LAS 65 EMISORAS DE LAS CADENAS
REM - CAR Y CES, Y EN LOS
EPISODIOS CON FOTOGRAMAS QUE
APARECEN TODAS LAS SEMANAS.

¡LORENA NECESITA TU COMPASION!
¡AYUDALA EN SU DESESPERADA LUCHA
POR DEFENDER SU VIRTUD ACOSADA!

¡UNA EXCLUSIVA DE:

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 25 PTAS.